

BOLSIBROS BRUJUELA

PUNTO

ROJO

LOS ZORROS

Clark Carrados

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **BISONTE SERIE ROJA:**

1.617. - Cinco pares de Revólveres.

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.473. - Bala fundida en oro.

En Colección **BÚFALO SERIE ROJA:**

1.058. - Sed de odio, sed de sangre.

En Colección **CALIFORNIA:**

812. - Abogado de revólver.

En Colección **KANSAS:**

1.030. - Derrota y victoria.

En Colección **BRAVO OESTE:**

626. - Clave para el asesino.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

818. - El fin de la cuenta.

En Colección **ASES DEL OESTE:**

635. - Las siete chicas de oro.

En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**

138. - Contratados para morir.

En Colección **BÚFALO SERIE AZUL:**

66. - Destinos ardientes.

En Colección **PUNTO ROJO:**

858. - Mi pistola, mi chica y yo.

En Colección **COLORADO:**

1.069. - Unidos por el odio.

CLARK CARADOS

LOS ZORROS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 872
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 38.031 — 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1979

© Clark Carrados 1979

texto

© Three Lions 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

El coche estaba allí, no lejos de la playa. Podía verse sin dificultad, gracias a la luz de la luna, la cual, sin embargo, era insuficiente para distinguir otros detalles. Harry Mitchell detuvo su automóvil y apagó la luz para encenderla a renglón seguido dos veces más.

Desde el otro coche, le hicieron una señal análoga. Mitchell sonrió satisfecho y se apeó de su automóvil, llevando en la mano un maletín tipo ejecutivo. El otro avanzó a su encuentro.

—Hola —dijeron casi simultáneamente.

—He traído lo que pidió —dijo Mitchell.

—Ya lo veo —contestó el otro.

—¿El dinero?

—Lo tengo en el coche.

Mitchell apretó el maletín contra su cuerpo, sujetándolo con ambas manos.

—No lo entregaré, si antes no me da el dinero.

—Venga, hombre, no sea tan desconfiado —rió el otro sujeto.

—Septimus Newman, si trata de jugarme una mala pasada... ¿Sabe que esto que tengo en las manos vale millones?

—¿Estaría aquí si no lo supiera? —contestó Newman desdeñosamente. Extendió una mano—. Vamos, camine.

Mitchell echó a andar, sin romper el abrazo con el maletín. De repente, pareció presentir la inminencia de un peligro.

Empezó a volver la cabeza. La pistola que empuñaba Newman emitió un pálido destello. No hizo apenas ruido, porque llevaba silenciador. Tampoco lo habría oído Mitchell: la bala le entró por el ojo derecho y salió por la coronilla, llevándose un buen trozo de hueso.

Mitchell se puso rígido, casi de puntillas. Estuvo así un instante y luego giro lentamente, para derrumbarse sobre la arena. Su pie

derecho se agitaba con movimientos reflejos, que no tardaron mucho en cesar.

Sonriendo sarcásticamente, Newman se inclinó y recogió el maletín. Volvió a su coche y dio el contacto. Cuando rodaba por un terreno menos accidentado, encendió un cigarrillo placenteramente.

Una hora más tarde, detuvo el automóvil en las inmediaciones de una fábrica abandonada. Saltó al suelo, sacó cigarrillos y encendió uno.

Otro automóvil llegó dos minutos más tarde. Un hombre se apeó y caminó hacia él.

—Has tardado un poco, Rex —se quejó Newman.

—No es tanto el retraso —contestó Rex Tate con frialdad—. ¿Lo conseguiste?

—Claro.

—¿Qué dijo?

Newman rió.

—Los muertos nunca dicen nada —contestó.

Sacó su pistola.

—Pero a mí no me harás ninguna jugarreta —añadió.

—Tranquilo, chico —contestó Tate—. Somos amigos, ¿no?

—En esta clase de negocios, la amistad no cuenta para nada. ¿Dónde está la pista?

—Eres un poco avaricioso, Septimus. Vas a quedarte con lo que le pensabas dar a Mitchell y, además, quieres lo mío.

Newman dio media vuelta.

—Adiós, Rex —dijo secamente.

—Espera, hombre, por todos los diablos. No seas tan susceptible. Tengo el dinero en el coche. En un maletín como ése.

—Vamos a verlo.

—Como quieras.

Los dos hombres echaron a andar. De repente, oyeron una voz:

—¡Eh, vosotros!

Newman y Tate se volvieron al mismo tiempo. Una pistola ametralladora tableteó ruidosamente en la oscuridad.

La boca del arma escupía atronadores fogonazos anaranjados. El tirador la movía en abanico, a media altura. Tate y Newman fueron sacudidos con terrible violencia por el huracán de proyectiles, que sólo cesó cuando el cargador estuvo completamente vacío.

Entonces, dos hombres corrieron hacia los caídos. Uno recogió el maletín. El de la ametralladora volvió con su pie el cuerpo de Tate.

—Liquidado.

—Newman se queja todavía —dijo el otro.

Newman calló en el acto.

—Ha muerto también —informó el de la ametralladora.

Su compañero se había apoderado ya del maletín.

—Vámonos, ese chisme ha hecho un ruido de todos los demonios —dijo.

—Pero hemos conseguido lo que queríamos, ¿no?

Los dos hombres se volvieron en silencio. De repente, Newman, que se sentía morir y que había recobrado brevemente el conocimiento, hizo un esfuerzo supremo y sacó la pistola.

El de la ametralladora saltó convulsivamente cuando la bala le entró por la base del cuello y salió por su pómulo derecho. Pero aquel supremo esfuerzo había sido demasiado para Newman, quien cayó de espaldas nuevamente, sintiendo la agonía de una muerte inminente.

El hombre del maletín había corrido a refugiarse detrás de uno de los coches. Newman reunió sus últimas fuerzas.

—El maletín... no se puede abrir... Trampa...

Fue todo lo que dijo. Cayó hacia atrás definitivamente y su cabeza golpeó sordamente contra el cemento del suelo.

Era dulce como la miel, pensó Greg Peel, mientras acariciaba la tersura del hombro izquierdo de la mujer. Los cabellos de color rubio claro, sedosos, el rostro de niña, los labios naturalmente rojos, las claras pupilas... Nellie se había dejado quitar ya el vestido y estaba solamente con el sostén y las braguitas, unas prendas que parecían hechas de celofán transparente. La lengua de Peel ascendió por el hombro, rozó el cuello y el lóbulo de la oreja de Nellie y descendió por la mejilla hasta llegar a la boca. Entonces, la lengua de Nellie salió a su encuentro, para disputar un volcánico combate.

A pesar de ello, las manos de Peel no se estaban quietas. El sostén dejó pronto de cubrir los senos, redondos, duros, pequeños, de erguidos picos rosados. Las braguitas siguieron el mismo camino. Ella gemía, jadeaba y suspiraba, pidiendo el pronto asalto del macho.

Peel se puso en pie un instante. Todavía estaba en mangas de

camisa. Ella, desnuda, incitante, le llamó desde la cama.

—Ven... ven...

Peel sonrió. Ansiaba demorar el instante supremo, precisamente, para aumentar el placer. El espectáculo de aquella hermosa mujer, que se le ofrecía sin el menor velo, era maravillosamente indescriptible.

Llevó las manos al primer botón de la camisa. Nellie repitió la ardiente llamada.

—Ven, tórame...

Entonces, se oyó el ruido de la puerta.

Nellie se incorporó, despavorida.

—Mi marido.

—Por todos los diablos —juró Peel—. Eso se avisa, coño.

Saltó hacia su chaqueta y corrió hacia la ventana, por la que se lanzó a su través, como si se echara a nadar en el agua de una piscina. Paró la caída con ambas manos, dio una voltereta sobre sí mismo, se incorporó, recogió la chaqueta y corrió, golpeándose con los tacones de sus zapatos en las posaderas, maldiciendo la imprudencia cometida. Pero, por otra parte, se dijo, no era cosa de ir pidiendo certificados de matrimonio a las mujeres ardientes que decían no estar casadas. La muy zorra, incluso, se había quitado el anillo...

Sin dejar de correr, se puso la chaqueta. Dentro de la casa se produjeron de repente ruidos extraños: gritos, maldiciones, obscenos insultos, rotura de objetos de cerámica...

—Te lo tienes bien merecido —gruñó Peel, mientras llegaba al pie de una tapia que delimitaba el jardín—. Ojalá te llene el cuerpo de cardenales.

Tanteó la tapia con las manos. No, no había alarmas ni cristales rotos. Se izó a pulso, cayó al otro lado y se agazapó debajo de un espeso seto.

—Si lo encuentro, lo mato —sonó de pronto la colérica voz del esposo de Nellie.

Por prudencia, Peel continuó en el mismo sitio, durante unos minutos. Luego volvió a oír los gritos y los reproches entre los cónyuges.

—Bueno, el marido ha vuelto a casa —suspiró Peel, diciéndose que era llegado el momento de rematar la huida.

Entonces, algo le empujó y le hizo caer de espaldas. Dos enormes patas se apoyaron sobre su pecho. En el rostro sintió el quemante aliento de un colosal perro de presa.

Los pelos se le pusieron de punta instantáneamente. Aquel perrazo podía decapitarle con una sola dentellada. Era negro como la noche y su lengua asomaba al jadear intermitentemente.

—Perro... perrito... Yo soy muy amigo de los animales... Déjame marchar... No he venido a robar nada...

De pronto, un chorro de luz cayó sobre el rostro de Peel, obligándole a cerrar los ojos. Una voz de mujer, fría, desapasionada, sonó en el mismo instante:

—Es inútil. «Régulus» sólo me obedece a mí, señor intruso.

Hubo un instante de silencio. Peel seguía manteniendo los ojos cerrados.

—¿Puedo hablar, señora? —consultó.

—Diga —contestó ella heladamente.

—No soy un ladrón. No llevo encima ni un mal palillo de dientes y, por supuesto, tampoco ganzúas ni palanquetas ni nada que se le parezca. Simplemente, escapaba de la casa de al lado, eso es todo.

—Ah, la residencia de los Martin.

—Bueno, yo no conozco el apellido. Sólo la conozco a ella...

—Ah, esa zorra —dijo la mujer—. Es una escena que se repite, más o menos, veinte o treinta veces al año. Ella tiene vocación de prostituta y él de cornudo.

—En este pícaro mundo, hay gente para todo. Señora, está protegida por «Régulus». Por favor, dígame que deje de apoyarse sobre mi pecho. ¡Caramba!, son setenta kilos de perro...

—Pero no se mueva de donde está —dijo ella—. Atrás, «Régulus».

El perro obedeció en silencio. Peel se fijó en sus pupilas; brillaban como dos bombillitas amarillentas.

—Gracias, señora —dijo Peel, sentándose en el suelo—. Para que vea que no soy un ladrón, le enseñaré mi documentación.

Sacó con dos dedos su billetera y la tendió hacia la mujer, la cual seguía invisible para él, debido al resplandor de la linterna. Ella la tomó y, de pronto, lanzó una exclamación:

—¡Usted es Gregory Peel!

—Desde que nací, señora.

—Señorita —corrigió ella—. Rosemary Alderton.

Peel se dio una tremenda palmada en la frente.

—Buena la he hecho —murmuró, abrumado—. Menuda metedura de pata.

La billetera volvió a caer sobre su regazo.

—Si lo hubiera sabido —suspiró Peel—. Pero ¿quién iba a imaginarse que Nellie Martin fuese vecina suya? Además, usted me citó para mañana, en su despacho, a las diez.

—Puede levantarse, señor Peel.

El desanimado intruso se puso en pie.

—Lamento sinceramente lo ocurrido. De haberlo sabido, no hubiese acudido a la cita con la señora Martin —dijo—. En fin, después de esto, me imagino que ya no querrá verme. Le recomendaré a un colega...

Rosemary giró levemente.

—Le enseñaré el camino —atajó la nerviosa verborrea de Peel—. Y no he cancelado la entrevista.

—Pu... pues, muchas gracias... Oiga —observó el joven—. Este perro no ha ladrado...

—Gruñe y es suficiente. Está muy bien entrenado, créame.

Peel lanzó una mirada recelosa al enorme perro, negro como la noche, que estaba a dos pasos de distancia.

—No hace falta que me lo jure, señorita Alderton. A propósito, ¿puede anticiparme...?

—Mañana, a las diez. Venga por aquí.

A pesar de que lo intentó, no pudo conseguirlo satisfactoriamente. Sólo pudo advertir que Rosemary era una mujer alta, esbelta y de paso fácil y enérgico. Cuando estaban junto a la cancela que permitía el paso a la propiedad y que se abrió eléctricamente, ella dijo solamente:

—¡Buenas noches!

—Buenas noches, señorita Alderton —contestó él, satisfecho de haber salido indemne del trance.

CAPÍTULO II

A veces, Peel desayunaba en el bar de Lola Ramos, atendido por la propia dueña, una hermosa morena, de tez olivácea, ojos negros y labios gordezuelos y pulposos. Lola tenía dos años más que Peel y hacia lo menos diez que se habían conocido. Pero ella estaba ya casada y Peel nunca intentó propasarse, ni siquiera cuando su marido murió de un disparo que le hizo un nervioso atracador que, sin duda, era novato. Los nervios del sujeto se desataron y ello provocó que el tiro saliera, aun en contra de su voluntad, con lo que el señor Ramos pasó instantáneamente a mejor vida.

El mayor atractivo de Lola estaba siempre cubierto, aunque difícilmente contenido por las blusas ajustadas que le gustaba llevar. Sólo hacía una excepción con Peel. En cuanto llegaba, ella se desabrochaba la blusa casi hasta la cintura. Era una inequívoca forma de decirle que estaba esperando la menor insinuación, para permitirle el acceso hasta su lecho, que no compartía con nadie desde su viudez, producida casi tres años antes.

Peel se sentó en un taburete. Lola trajo de inmediato el desayuno y se acodó frente a su único cliente en aquellos momentos. Los redondos pechos de la mujer amenazaron escapar de su encierro.

—Un día tengo que pedirte que me enseñes algo más —sonrió él.

—Los lunes cierro el negocio, por descanso semanal, ya lo sabes —contestó Lola.

—Me lo apunto en la agenda. —Peel tenía en la mano un ejemplar del Los Ángeles Times—. Vaya matanza la de ayer —comentó.

—Sí, cuatro muertos. Esto parece una pequeña guerra.

Peel tomó un sorbo de café y siguió leyendo. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Diablos, uno de los muertos era un alto cargo de la Alderton Limited!

—¿Le conocías, Greg?

—No, pero estoy citado con la dueña... bueno, con la hija del dueño.

—Ah, Rosemary Alderton. Dicen que es un águila para los negocios, como su padre.

—Tal vez. Me llamó ayer, para encargarme algo, que no sé aún en qué consiste.

—Quizá se relacione con el asesinato de Mitchell, ¿no te parece?

—Puede ser. De todos modos, pronto lo sabré.

—Oye... Si te interesa, anoche oí algo a Tad Hillis, «El Canuto». A lo mejor él tiene información sobre el asunto; ya sabes que le gusta meter la nariz por todas partes.

—Lo tendré en cuenta, guapa.

De pronto, dos hombres entraron en el bar. Lola se separó del mostrador, abrochándose la blusa.

—¿Sí? —dijo.

—Dos cafés —pidió uno de los recién llegados.

Peel los miró de reojo un instante, sin prestarles demasiada atención. Eran unos sujetos corpulentos, de rostros duros, hoscós. Le pareció que en la puerta había un tercero.

Lola trajo las tazas de café. Uno de los tipos movió la cabeza.

—Váyase adentro. Queremos hablar con este cliente.

La mujer palideció. Peel respingó.

«Vienen directos a por mí», pensó.

Había gente que tenía cuentas viejas con él. Tal vez algún resentido había pagado a aquellos dos matones, para que le dieran una buena paliza.

—Haz lo que te dicen, Lola —habló con voz serena.

La dueña del bar retrocedió.

—Y no se le ocurra llamar a la Policía —advirtió el mismo individuo.

—No lo hagas, Lola —sonrió Peel.

Lola desapareció por la puerta que comunicaba con las habitaciones interiores. Entonces, el sujeto que llevaba la voz cantante desde el principio, se encaró con Peel.

—Váyase a bañar a la playa. No acuda a la cita que tiene

concertada para las diez de la mañana —dijo.

Durante un segundo, Peel estudió a los dos matones. Con el rabillo del ojo advirtió que, efectivamente, había un tercero en la puerta, sin duda, para evitar la entrada de clientes intempestivos. Era una hora de poco trabajo en el bar.

El que le había dado la orden tenía un ojo algo más claro que el otro. Peel le atribuyó instantáneamente un apodo: «Ojo Blanco». Sonrió, mientras se ponía un cigarrillo entre los labios.

—Sí, hace un día excelente para tomar el sol y bañarse en la playa —convino.

Encima del mostrador, había un cerillero de forma cilíndrica, repleto de fósforos de madera. Peel tomó uno, lo frotó contra el rascador y contempló cómo se producía la llama.

De pronto, acercó el fuego a los fósforos, que se encendieron de golpe, con gran fogonazo. Una fracción de segundo más tarde, aquel improvisado proyectil volaba a la cara de «Ojo Blanco».

El hampón lanzó un tremendo aullido, a la vez que elevaba las manos instintivamente, para defenderse del fuego. Peel aprovechó la ocasión y disparó su pie derecho.

«Ojo Blanco» cayó de espaldas, revolcándose como un poseso, con las manos en la entrepierna. Chillaba como un cerdo degollado.

El otro se arrojó contra Peel, dispuesto a golpearle con el puño derecho. Peel alargó su mano izquierda velozmente y apresó la muñeca del hampón con dedos de hierro.

Hizo presión. Sus dedos parecían las dos tenazas de una llave inglesa que se cerrase lenta e inexorablemente. El hampón intentó fútilmente golpearle con la mano izquierda. Peel rió, mientras aumentaba la presión.

Luego empezó a retorcer el brazo. El sujeto se arrodilló, sudando a chorros.

—Basta... —gimió.

Peel levanto la rodilla derecha dos veces, muy seguidas: una a la boca, que pareció deshacerse en una pequeña explosión de sangre y dientes rotos y luego a la nariz, que semejó quedar aplastada como un tomate maduro de un taconazo. El hampón gimió, incapaz de soportar el dolor, y se venció de lado.

Peel lo soltó. El centinela de la puerta tenía los ojos muy abiertos. Era evidente que había contemplado la escena, sin dar

crédito a las imágenes que captaban su retina. Peel le hizo una seña con el índice, estirándolo y curvándolo varias veces.

—Ven, muchachito —dijo.

—Yo... no... glub... Oiga, no conozco a esos tipos...

Peel sonrió.

—A otro perro con ese hueso —dijo—. Anda, entra y ayúdales a llegar hasta el coche. Cuando se sientan mejor, diles que tomen buena nota de lo que ha pasado. ¿Estamos?

—Sí, sí, señor...

Dos minutos más tarde, Lola asomaba la cabeza temerosamente.

El bar estaba vacío.

Lola se rascó la cabeza primero y luego metió una mano en el opulento escote. Le picaba cerca de la axila.

—Cielos, qué tornado —murmuró.

El hombre alto, distinguido, de canas en las sienes y lentes de montura de oro, le recibió cortésmente.

—Soy Irving Hoffman —se presentó—. Subdirector general.

—Mucho gusto, señor Hoffman —contestó Peel—. Estoy citado con *miss Alderton*...

—Lo sé. Y está aquí, porque no conseguí disuadir a esa chica loca que contratase a un tipo de sus antecedentes, expulsado de la Policía, por asesinar a un delincuente.

Peel se puso rígido.

—Ese delincuente había matado a un buen amigo mío —contestó.

—Usted juró perseguirle sin descanso. Lo encontró y disparó contra él.

—Claro, iba a estarme quietecito, mientras él me apuntaba con la misma pistola que había servido para matar a mi amigo Diego Ramos.

—El orificio de entrada de la bala que mató al delincuente estaba en la espalda —dijo Hoffman rígidamente.

Peel se acercó al relamido sujeto con aire belicoso.

—Dígame, ¿le han enviado alguna vez a la mierda? —preguntó.

La cara de Hoffman se tornó roja instantáneamente.

—Señor Peel, no tolero ese lenguaje...

El visitante le puso debajo de las narices su reloj de pulsera.

—Faltan cuarenta y cinco segundos para la hora de la entrevista

—dijo—. Si pasa un solo segundo y ella no me ha recibido, no habrá entrevista.

Hoffman hizo un par de visajes, torció la boca, apretó los labios y, por fin, dijo:

—Pase al antedespacho y preséntese a la señorita Wyckett.

—Ya era hora que dijese algo sensato —contestó Peel, malhumoradamente.

En el lugar indicado, encontró a una atractiva rubia, de unos veinticinco años. Sobré la mesa divisó su nombre en un rótulo de letras doradas sobre fondo azul fuerte: Jane Wyckett.

—Soy Peel —se presentó—. Estoy citado con *miss* Alderton.

—Ah, sí —respondió la secretaria. Le miró con aire especulativo—. Esperaba otra cosa —añadió.

—¿Un hombre de las cavernas?

Jane no contestó. Tenía la vista fija en su reloj de pulsera y murmuraba algo que el visitante no podía entender. De pronto. Jane levantó la mano derecha:

—Cinco... —exclamó—. Cuatro... tres... dos... uno... ¡Adentro! Peel respiró.

—Esta tía me ha confundido con un astronauta —dijo entre dientes.

Abrió la puerta del despacho. Al otro lado de una mesa de buen tamaño, junto a un ventanal, cuyos grandes vidrios estaban ocultos por cortinas de muselina, estaba Rosemary Alderton.

Peel avanzó sobre la espesa moqueta de color azul pálido, que contrastaba agradablemente con el dorado de los asientos y respaldos de los sillones, más propios de una casa que no de un lugar de trabajo, y de la madera clara de las paredes. Pero el conjunto resultaba muy agradable, un digno marco para la mujer que se había puesto en pie para recibirle.

Rosemary vestía un severo traje de chaqueta gris claro, con cuello de terciopelo negro y blusa cerrada hasta arriba. El pelo, intensamente negro, estaba dividido en dos mitades por la raya central, que se reunían en el casi esférico moño situado sobre la nuca. El rostro, de tez delicada, como de porcelana, era de un óvalo perfecto. Lo único que desentonaba en el conjunto eran los lentes que llevaba puestos. «Podría usar lentillas», se dijo.

—Señorita Alderton...

Ella tendió una mano.

—Siéntese, por favor —dijo.

—Gracias.

Rosemary abrió las tapas de dos cajas.

—Cigarros, cigarrillos, el humo no me molesta.

—Un cigarrillo, gracias de nuevo. ¿De verdad no está resentida conmigo por lo de anoche?

—Yo no soy el señor Martin —contestó ella, secamente. Se sentó y puso los codos sobre la mesa, para entrelazar los dedos—. Señor Peel...

—Llámemme Greg, por favor.

—Señor Peel —dijo Rosemary, sin hacer caso de la interrupción —, a nuestra compañía, la Alderton Limited le han sido robados unos documentos de la mayor importancia. Se trata de una patente nueva, que puede proporcionar enormes beneficios a su propietario. Esos documentos nos fueron robados precisamente por el hombre que debía llevarlos a Washington, para registrarlos en la Oficina de Patentes. Su nombre era Harry Mitchell.

Peel arqueó las cejas.

—Lo asesinaron hace dos días —exclamó.

—Precisamente, porque había hecho un trato con un individuo llamado Septimus Newman, quien le iba a pagar una crecida suma por los documentos. Pero Septimus le traicionó, matándole, con lo que se ahorró el dinero, que luego fue encontrado en su propio coche: más de cien mil dólares. Ahora bien, Newman estaba de acuerdo con un tal Rex Tate, al que iba a vender esos documentos. Cuando se realizaba el trato, Newman y Tate fueron ametrallados. En el tiroteo murió el hombre que los acribilló a balazos, pero otro consiguió escapar, según ha podido deducir la Policía.

—Sí, fue una noche movidita —dijo Peel—. Pero, me imagino, si se llevaron unos documentos, no tiene importancia, por cuanto me imagino que habrá copia de los mismos.

—Eso es lo malo —respondió la joven—. Existe una copia, pero el único que conoce el lugar en que se encuentra, es mi padre, y lleva en coma casi cuatro semanas. Sufrió un accidente y se encuentra en la U.V.I. del Memorial Hospital.

—Eso explica, quizá, los motivos de su presencia en este despacho —dijo el joven.

—Exactamente.

Sobrevino una corta pausa. Luego, Peel añadió:

—Sospecho que usted quiere que encuentre al ladrón de los documentos —dijo.

—No. El maletín tenía una trampa incendiaria. A estas horas, ya estarán convertidos en cenizas. Lo que quiero es que averigüe usted el lugar en que guardó mi padre las copias de los documentos.

CAPÍTULO III

Peel aplastó su cigarrillo contra el cenicero.

—Pero... eso es ridículo... Usted tiene que conocer bien las costumbres de su padre... Si está aquí, es porque él confiaba en usted. ¿No fue capaz siquiera de decirle dónde guardaba esas copias?

—Realmente, no tuvo tiempo. Sé que las sacó de este despacho, pero antes de llegar a casa, sufrió el accidente que le produjo las heridas causantes de su actual estado de coma. Los documentos, por supuesto, no estaban en el coche.

—Entonces, se los quitaron.

—No.

—A ver, explíquese, por favor.

—De habérselos quitado, ya se sabría en Washington, en la Oficina de Patentes. Estarían allí, a nombre de otro.

—Comprendo. A pesar de todo, resulta extraño que tardasen casi un mes en disponerse a efectuar el registro en la Oficina de Patentes. Debieran haberlos mandado inmediatamente...

—Sí, pero mi padre quería que se hiciesen todavía una serie de pruebas, a fin de demostrar concluyentemente la bondad del producto. Las pruebas se hicieron, aun cuando él estaba ya en el hospital, y han resultado absolutamente positivas. Entonces fue cuando Mitchell, aparentemente, salió para tomar el avión nocturno para Washington... y fue a Ladera Beach, a encontrarse con el hombre que le voló la cabeza de un disparo.

—Se lo tenía bien merecido —gruñó Peel—. Y, a pesar de todo nuevamente, ¿no sacaron otras copias?

—No se creyó conveniente. Confiábamos plenamente en Mitchell.

—Los hechos no les dieron la razón.

—Admitimos los errores —contestó Rosemary, impasible—. Sin

embargo, una vez admitidos, tratamos de ratificarlos.

—Lógico. Entonces, usted quiere...

—Le diré que hemos registrado este despacho y los contiguos, centímetro a centímetro. Hemos levantado, incluso, el jardín de la casa donde nos conocimos ayer. No hemos encontrado los documentos.

Peel hizo un gesto con la cabeza.

—Haré lo que pueda —dijo—. No soy capaz de comprometerme a más.

—Me basta. Conozco su reputación y sé que lo conseguirá.

—Gracias por la confianza que ha depositado en mí. Su subdirector general, Hoffman, opina todo lo contrario.

—Es «sólo» el subdirector general —contestó Rosemary, intencionadamente.

Peel sonrió. «Una chica con agallas», pensó. «Si fuese hombre, los tendría como puños».

De pronto, Peel recordó algo.

—Esta mañana... —empezó a decir, pero se interrumpió rápidamente.

—Siga —invitó ella.

Encima de la mesa, junto al borde más próximo a Peel y a la izquierda de la joven, había dos grandes sujetalibros de bronce, en forma de esfinges egipcias. Peel se puso un dedo en los labios y levantó una de las esfinges.

Estaba hueca y no había nada. Pero en el hueco de la otra, encontró un aparatito que enseñó a la joven.

Rosemary se puso una mano en la boca. Peel dejó el sujetalibros en la misma posición.

—Tengo un amigo que puede decirme algo —exclamó en voz alta—. Vive en el Bulevar de Santa Mónica, en el cuatro mil doscientos ochenta y siete. Es un viejecito muy simpático... — Mientras hablaba, guiñaba un ojo—. Se llama Roberts —añadió—. Posiblemente, él pueda darme una buena pista.

—Lo... lo celebro mucho.

—Seguramente, solucionaremos su problema en un par de días —dijo Peel. Agarró un papel y escribió rápidamente: «Voy a marcharme; la llamaré más tarde, pero hablaremos de temas no relacionados con este caso».

Ella leyó el mensaje y asintió.

—A propósito, no hemos discutido todavía sus honorarios, señor Peel —exclamó.

—No se arruinará por mí —rió Peel, a la vez que se encaminaba hacia la puerta.

Salió del despacho y se acercó a la mesa de Jane Wyckett.

—Esta noche tengo libre —dijo—. ¿Quieres cenar conmigo?

Ella le sacó la lengua.

—No quiero pasar hambre —respondió, ofensivamente.

—Tú te lo pierdes, guapa.

Abandonó la estancia. En uno de los pasillos, se cruzó con Hoffman.

—Contratarle a usted es tirar el dinero —dijo el hombre, con acento belicoso.

—El que le contrató a usted pensó, seguramente, en las serpientes de cascabel —respondió Peel, jovialmente.

Y siguió su camino.

Entró en el ascensor, pero salió en el piso inmediatamente inferior y buscó una ventana en el corredor, que sabía daba casi directamente bajo el despacho de Rosemary. Apostándose a un lado, tendió la mirada hacia el edificio del otro lado de la calle.

Un minuto después, divisó a un tipo con unos prismáticos en la mano. Esperó todavía un rato. De cuando en cuando, el sujeto usaba los prismáticos, enfocándolos hacia el despacho de Rosemary. Peel creyó ver unos auriculares sobre la cabeza del sujeto y sonrió satisfecho.

Al salir a la calle, caminó a lo largo de la acera. Doscientos metros más adelante, cuando calculó que el vigilante ya habría informado de su marcha, cruzó la calle por un paso de peatones, retrocedió y se metió en el edificio sospechoso.

Unos minutos más tarde, se detenía ante una puerta. Probó; estaba cerrada con llave. Tras unos segundos de indecisión, la golpeó con los nudillos, haciendo un alegre repiqueteo.

El truco resultó. Segundos después, se abrió la puerta.

—Oye, tú... —comenzó a decir el espía, pero en el mismo instante, un puño se estrelló contra su mentón y lo tiró de espaldas al suelo.

Peel entró y cerró la puerta. Registró al sujeto. Llevaba una

pistola y la arrojó debajo de un diván. Por su documentación, supo que se llamaba Karl Svenson.

Fue al otro lado de la casa y encontró una habitación queapestaba a tabaco. Encima de una silla divisó los prismáticos. Había una mesa, con un receptor de radio, provisto de grabadora. Los auriculares estaban al lado y se los puso. Conectó el receptor. La voz de Hoffman llegó en el acto a sus tímpanos.

—Te digo que ese sujeto es un indeseable, Rosemary; un sádico asesino... ¿Por qué crees que lo expulsaron de la Policía?

—A mí no me importan sus antecedentes —contesto la joven, resueltamente—. Sé que puede encontrar los documentos y eso es todo lo que me interesa.

—Pero emplea métodos brutales... Puedes verte en un compromiso...

—Lo dudo mucho. Yo sólo le pago para una determinada tarea. Lo que pueda hacer de ilegal, será de su exclusiva responsabilidad.

—Está bien, como gustes. ¿Quieres firmar estos papeles?

Hoffman se marchó un par de minutos más tarde. Peel fue un instante a la entrada y regresó arrastrando el cuerpo del todavía inconsciente Svenson a fin de tenerlo vigilado, mientras hablaba con Rosemary.

Levantó el teléfono y marcó el número privado de la joven. Ella contestó casi en el acto.

—Parece que Hoffman sigue con su antipatía hacia mí —dijo Peel—. «Emplea métodos brutales... Puedes verte en un compromiso»...

—¿Cómo es capaz de repetir esas palabras? —saltó la joven.

—La estoy viendo a usted con unos prismáticos. He encontrado el receptor de radio que capta todo lo que se dice en su despacho, mediante la emisora oculta en el sujetalibros. No tiene mucha potencia, aunque sí la suficiente para alcanzar hasta aquí. Si se pone en pie y mira al edificio de enfrente me verá en el piso decimocuarto.

Rosemary se levantó en el acto, sin soltar el teléfono.

—¿Cómo llegó a saber que había una emisora de radio? —preguntó.

—Usted me llamó ayer a mi despacho, para acordar la entrevista de esta mañana. A poco de salir de casa, mientras desayunaba, dos

tipos me dijeron que debía abandonar el caso.

—Lo cual significa que ya estaban enterados.

—Exactamente.

—¿Qué les ha dicho usted?

—Les recomendé un buen traumatólogo. Están algo... averiados.

—Oh... Se pegó con ellos.

—Digamos que tuvimos diferencias de opinión. ¿Me ha visto?

—Sí.

—Entonces, arranque ese «chivato» y destrócelo a taconazos.

Adiós.

Peel colgó el teléfono. Svenson empezaba a rebullir y le quitó su billetera, poniéndole el pie a continuación sobre el cuello. En el interior de la billetera, encontró un trocito de papel, con una anotación, lo que le hizo sonreír en silencio.

Svenson gruñó algo. Peel puso el tacón sobre su boca y apretó un poco. El sujeto se contorsionó epilépticamente.

Peel se apartó. Svenson se sentó en el suelo y buscó un pañuelo, para ponérselo sobre los labios machacados. Peel agarró el receptor de radio y lo tiró al suelo. Acto seguido, saltó un par de veces sobre el aparato, destrozándolo por completo. Svenson le miraba con ojos llenos de pánico.

Peel se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se volvió y sonrió anchamente:

—Recuerda, la curiosidad es la madre de todos los vicios... y la discreción garantiza una larga y feliz vida. No te pongas más en mi camino o te atropellaré.

Svenson no dijo nada, no tenía fuerzas para hablar.

Peel encontró una hora más tarde el lugar al que Svenson enviaba las informaciones recogidas. El espía era tonto, se dijo; había tenido necesidad de anotar un número de teléfono y la dirección, lo que le sirvió a él para localizar el punto al que informaba Svenson.

Halló, precisamente, lo que esperaba: un teléfono, de funcionamiento automático, con grabadora conectada. Alguien llamaría de cuando en cuando para hacer funcionar la grabadora, de larga duración, por tanto, volvió a la planta baja y se encaró con el conserje.

—¿Quién ha alquilado el apartamento 6 F? —inquirió.

El conserje le miró de un modo peculiar. Peel suspiró y sacó un billete de cinco dólares. La expresión del conserje no varió en absoluto.

—Cinco más y basta —gruñó Peel. Sacó el billete con la mano izquierda y cerró el puño derecho amenazadoramente.

—Alfred Tones —dijo el conserje con rapidez, ya que había sabido entender la indirecta—. Treinta y seis años, raza blanca, ojos negros, pelo castaño oscuro, setenta y cinco kilos de peso, un metro setenta, aproximadamente. Le falta el meñique izquierdo. Eso es todo lo que sé.

Peel contempló con admiración al conserje.

—Amigo, usted sabe fijarse en la gente —comentó.

—Si alguien me pregunta por usted y me da quince dólares, le daré una descripción tan completa como la de Jones. Ah, Jones es casado. Lo sé por el anillo de boda.

—Si alguien le da quince dólares y usted le dice que he estado aquí, y yo llego a enterarme, regresaré, le meteré la mano por la boca hasta las tripas y lo volveré del revés, como un guante —se despidió Peel.

De allí fue al Memorial Hospital, en donde consiguió ver a uno de los médicos que atendían a Henry L. Alderton, padre de Rosemary. El galeno le dijo que el estado de Alderton era crítico.

—El accidente provocó el desprendimiento de una esquirla de hueso, la que presiona sobre un determinado núcleo nervioso y ocasiona la pérdida de consciencia y movilidad de un modo absoluto. Esa esquirla, además, se encuentra situada junto a una arteria, con el riesgo de seccionarla, lo que provocaría la muerte del paciente, por hemorragia cerebral.

—Entonces, no se puede hacer nada...

El médico hizo un gesto lleno de pesimismo.

—Una trepanación, pero el cirujano jefe no se atreve. Sostiene la teoría de que, apenas toque la esquirla, cortará la arteria.

—En resumen, hay que dejar que siga vegetando.

—Temo que sí, señor Peel.

El joven hizo un gesto de aquiescencia. Luego se encaminó lentamente en busca de la salida del hospital.

De allí se fue a la Jefatura de Policía, en donde todavía conservaba algunos amigos. Uno de ellos era el sargento MacDuff.

—Tengo que pedirte dos favores —dijo, después de los primeros saludos.

—¿Podré hacértelos?

—Primero, el expediente del accidente de Henry L. Alderton. Quiero saber con exactitud qué le sucedió. Segundo, una consulta a la computadora, sobre un tal Alfred Jones...

Repitió los datos que le había facilitado el conserje y MacDuff accedió a sus peticiones. Momentos después, tenía en las manos la carpeta completa, con todos los datos del accidente.

Peel se fijó especialmente en el lugar del suceso, relativamente alejado del trayecto que Alderton debía cubrir para volver a su casa. En el accidente había estado implicado un sujeto llamado Rossiter Bradd, que conducía el coche que colisionó con el de Alderton. Según todas las informaciones, había sido Alderton el autor de la falsa maniobra. Las investigaciones habían exculpado a Bradd por completo.

En el coche de Alderton no se había encontrado ninguna carpeta con documentos. Peel tomó nota de los patrulleros de tráfico que habían acudido en primer lugar al punto donde se había producido el accidente.

MacDuff vino poco después, con una tarjeta en las manos.

—El nombre de Jones no consta —dijo—. Aquí figura como Ed Myleson, Bob Garney y media docena de seudónimos más. Cuatro veces detenido por robo, una por asalto a mano armada, cinco juicios por infracción de tráfico, dos por embriaguez, dos por venta de drogas, otra por golpear a una puta...

—En resumen, un angelito.

—Sospechoso, además, de dos asesinatos. Pero sin pruebas, claro.

—Eso significa que puede resultar peligroso.

—Lo es, Greg —contestó MacDuff, mirándole fijamente—. Ten cuidado con él.

—O él de mí —rió Peel—. Gracias, Mac.

Antes de que llegase la noche, había encontrado a uno de los patrulleros que intervinieron en el accidente.

El hombre le confirmó que, efectivamente, no habían encontrado ninguna cartera con documentos en el coche de Alderton.

Peel frunció el ceño.

—Clem, ¿cuánto tardaste tú en llegar al lugar del suceso? —preguntó.

—Oh, un par de minutos, tres a lo sumo...

—El coche de Bradd tenía las huellas de la colisión en el costado izquierdo —dijo Peel, pensativamente—. Eso significa que adelantó desde la derecha. Alderton debería tener el golpe en la frente, al ser despedido hacia delante y chocar contra el parabrisas. Pero su herida está en el lado izquierdo de la cabeza. Es decir, alguien, después de la detención de los dos, coches, fue hacia él, le arreó un buen porrazo y se apoderó de la cartera de mano. Después, dejó allí a Bradd y se fue en otro coche que, seguramente, les iba siguiendo. Eh, ¿qué te parece?

El patrullero asintió, meditabundamente.

—Pudiera ser —convino—. Recuerdo que un conductor nos avisó del accidente, a media milla más adelante del lugar donde se había producido. Llevaba un pasajero en el asiento posterior...

—¿Viste alguna cartera de mano?

—No. Lo siento, Greg, no vi nada.

CAPÍTULO IV

Algunos decían que el apodo tenía su origen en la costumbre de acanutar los labios casi constantemente. Otros sostenían que era debido a su extrema delgadez. Tad Hillis, alias «El Canuto», puso los labios en forma de flauta antes de dar la respuesta a la pregunta que le había formulado su interlocutor.

—Ajuste de cuentas, en un caso de espionaje industrial —informó.

—¿Algún nombre?

—Floyd Harrendon. Se dedica a asuntos de esa clase. Buck Morris, el ametrallador muerto, le hacía de cuando en cuando algún trabajito «especial», ya me comprendes.

—¿Sabes dónde vive Harrendon?

—Anota... —Hillis indicó la dirección—. Pero creo que ha salido de viaje. Por lo visto, no le convienen los aires de la ciudad, después de lo que ocurrió hace dos noches.

—Es posible. De todas formas, hoy ya no podría ir a verlo; estoy bastante cansado. Ah, dime algo de un tal Ed Myleson, Bob Carney, Alfred Jones y un montón de nombres más. Le falta el meñique izquierdo.

—De la banda de Harrendon también. Suele acudir, al Daisie's.

Ten cuidado; lleva un cuchillo en un arnés especial, bajo la manga, y pega cortes muy dolorosos..., sin que nadie se entere, salvo el interesado, claro.

—Debieran llamarle «El Crótalo» —sonrió Peel.

—Has acertado; se lo llaman —contestó Hillis sin pestañear.

El día había sido bastante movido y Peel decidió que un buen baño antes de la cena, le sentaría de maravilla. Tendría que desilusionar a Rosemary Alderton; las copias de los documentos estaban también en poder de los que habían robado los originales.

—Vamos, es que no descuidan nada —masculló.

Cuando llegó a su casa, era ya de noche. Peel vivía en una casita de una sola planta, con garaje que no era sino un cobertizo sostenido por dos postes. Se apeó del vehículo y buscó la llave de la puerta. Cuando se disponía a insertarla en la cerradura, oyó un extraño chasquido a pocos centímetros de su cabeza.

El instinto le hizo agacharse instantáneamente. Alguien había disparado contra él. Por fortuna, la estructura del coche le protegía... salvo que el tirador no cambiase de emplazamiento.

De pronto, oyó una risita burlona a diez o doce pasos de distancia.

—Señor Peel, si hubiéramos querido matarle, ya estaría muerto —dijo el desconocido—. Solamente le hemos hecho una advertencia, para que abandone el caso. La próxima ocasión, créame, no habrá advertencia previa...

—Amigo, sus palabras son sumamente reveladoras —contestó Peel—. Primero, me temen. Segundo, no han conseguido todos sus propósitos, es decir, asegurarse lo suficiente para que la patente sea atribuida a ustedes. ¿Me equivoco?

Pero ya no hubo respuesta. Sin embargo. Peel no cometió la imprudencia de echar a correr tras el misterioso individuo. Podía estar aguardándole detrás de alguno de los setos de los numerosos jardines que abundaban en el barrio.

Entró en casa y encendió la luz. El impacto de la bala estaba a la altura justa de su cabeza. Sí, había sido un aviso... pero ellos, se dijo, debían tener también en cuenta sus palabras.

Cerró la puerta y fue al cuarto de baño. Luego, vestido solamente con una bata corta afelpada, se encaminó a la cocina. Encendió el horno y metió un plato preparado, que sólo necesitaba diez minutos de calor. Mientras llegaba la hora, abrió una lata de cerveza.

Era un caso difícil, se dijo. Las copias que llevaba Alderton habían desaparecido y no se sabía dónde estaban. En cuanto a los originales vendidos por el traidor Mitchell, seguramente estarían destruidos al funcionar la trampa incendiaria instalada en el maletín. De repente, supo que los documentos que Alderton llevaba consigo al salir de su oficina, no habían caído en poder de los ladrones.

Parecía lógico pensar que se los hubiesen llevado, tras el accidente provocado. Sin embargo, no era así, y no sólo porque lo hubiese dicho Rosemary.

Y si sacó las copias de la oficina y los ladrones seguían buscando a pesar de todo, era que las había escondido en algún lugar muy sofisticado. ¿Dónde?

El avisador del horno sonó y se dijo que era hora de llenar el estómago. Cuando terminaba, llamaron a la puerta.

Exploró la entrada a través de la mirilla. Luego abrió de golpe.

—Esto no me lo imaginaba yo —dijo.

—¿Verdad que no? —sonrió Jane Wyckett—. ¿Puedo pasar?

Peel extendió una mano.

—Adelante.

Los cubitos de hielo tintinearón al caer en los vasos. Jane se sentó, cruzando incitantemente las piernas. El vestido tenía un escote muy engañoso; parecía corriente, pero permitía ver casi todo.

—He oído lo que le dijiste a Hoffman. Disfruté enormemente. Es un tío repugnante —dijo Jane.

—¿De veras? ¿Te acosa mucho?

—Oh, al contrario, en este aspecto, se porta con tremendo comedimiento. Pero no permite el menor error; le gusta que todo el mundo trabaje.

—Es natural en su cargo —sonrió Peel.

—Y eso que Rosemary lo tiene a raya. Ella es más considerada. Si Hoffman fuese el amo, allí no se podría parar.

—¿Sucedía lo mismo cuando estaba el padre de Rosemary?

—Alderton no se metía en el trabajo de Hoffman, con tal de que lo hiciese bien. Y es preciso reconocer que sabe hacerlo. Pero, a veces, resulta demasiado hiriente.

—Hay tipos así, en efecto —convino Peel, cortésmente. Todo aquello, pensó, no eran más que chismorrerías de oficinistas. Nunca estaban contentos con los jefes.

—Además, Hoffman no es de fiar. Yo, al menos, en lugar de Rosemary, no me fiaría en absoluto.

—¡No me digas!

—En los últimos tiempos, le he visto hablando con tipos muy sospechosos. Algunos tenían pinta de matones profesionales.

—¡Caramba! Sigue, sigue, esto es muy interesante.

—Sobre todo, el día en que vino a verle uno que tiene una nube en un ojo. Apostaría doble contra sencillo que el fulano llevaba una pistola en una funda sobaquera.

Peel pensó de inmediato en «Ojo Blanco».

—¿Recuerdas el nombre, por casualidad?

—Sí, Alvin Gorman. Sé que se encerró en el despacho de Hoffman y que estuvo hablando con él más de media hora. Poco después, empezaron los problemas en la empresa.

—Lo tendré en cuenta, guapa. ¿Otra copa?

Jane sonrió maliciosamente.

—¿Quieres derrumbar mis defensas?

—Oh, no, era sólo simple cortesía. De todos modos, tú tienes la palabra.

Ella se puso en pie.

—No, gracias; es suficiente con una copa. Oye, tienes una casa muy bonita.

—Psé, regular...

—Y eres soltero.

—Sí.

—¿A cuántas has traído aquí?

—A ninguna.

Jane se volvió, sorprendida.

—Oye, no serás...

—Todas vinieron por propia iniciativa.

Y Ella soltó una risita.

—Y, ¿qué pasó?

Peel se acercó a la joven y le soltó los tirantes del vestido.

—Vas a saberlo muy pronto —dijo.

El vestido se deslizó hasta el suelo. Jane quedó solo con el sostén y los pantaloncitos de encaje.

Suspiró cuando Peel empezó a mordisquearle en el cuello. Ella misma se soltó el broche del sujetador. Los senos quedaron en libertad y Peel los encerró en el cuenco de las manos. Apretando ligeramente, retrocedió, haciendo que ella le siguiera. Jane tenía los labios entreabiertos y le miraba a través de los párpados entornados. Poco después, Peel giró y ella quedó de espaldas al amplio diván que había en la sala. No hizo resistencia cuando las manos masculinas le quitaron las braguitas.

Súbitamente, Peel se quitó la bata. Ella abrió los, ojos.

—¡Estás desnudo! —exclamó.

Peel se echó a reír.

—Y en forma para hacerte saber lo que les pasó a las otras que vinieron a esta casa —respondió, a la vez que caía sobre ella con la furia de un vikingo.

Jane le acogió cálidamente, abrazándole con todas sus fuerzas. Cerró los ojos y se dejó llevar por el vaivén de unos momentos de goce supremo.

Peel se puso en pie más tarde y trajo bebidas y dos cigarrillos encendidos, uno de los cuales pasó a poder de Jane.

—De modo que Hoffman es amigo de Gorman —dijo.

—Bueno, yo no diría tanto. Gorman vino, se encerró con ese tío estirado... —Jane expulsó una bocanada de humo—. Si yo fuese el amo, despediría a Hoffman y pondría a Dempsey en su lugar.

—¿Quién es Dempsey?

—El jefe de contabilidad. Ése sí que es un hombre amable, eficiente y simpático. Pero, claro, yo no mando en la Alderton Limited; sólo soy una empleada.

—Muy eficiente. —Peel se inclinó y besó suavemente uno de los pezones de su invitada—. En todo —y volvió a besarla.

—No me provoques —se estremeció Jane.

Peel siguió acariciándole los senos con los labios. De pronto, Jane se echó a reír. Él, sorprendido, se incorporó.

—¿Te hago gracia? —preguntó.

—No —contestó ella—. Se me ocurrió pensar de repente en Rosemary, tan fría, tan distante y orgullosa... Es amable, pero de una amabilidad helada, nada acogedora.

—¿Y eso te hace reír?

—No —dijo Jane—. Pensaba que quizá, a esta misma hora, Rosemary, la mujer fría y orgullosa, estará como yo, con su amante.

—Con que tiene un amante.

—Sí, Greg.

—¿Le conoces?

—No, no le he visto nunca.

—Entonces, ¿cómo sabes...?

—Una no es tonta y sabe adivinar las cosas. Pequeños detalles, conversaciones telefónicas... Diría que el apellido es Andrews, pero

no estoy segura —dejó el cigarrillo a un lado y le echó los brazos al cuello—. En todo caso, eso no importa ahora demasiado, creo.

—Nada —contestó Peel, reanudando la agradable tarea interrumpida por las risas de Jane.

Pero, de repente, le supo mal que Rosemary tuviese un amante.

Tal como le había dicho «El Canuto», Harrendon estaba fuera de la ciudad. Durante el resto del día se movió discretamente, husmeando aquí y allá, sin conseguir resultados positivos. A mediodía, se percató de que era seguido y, sin hacer ostentación de ello, continuó conduciendo el coche con toda normalidad.

Media hora más tarde, giró a la izquierda, recorrió doscientos metros más y se metió en el patio de carga de una fábrica abandonada. Paró el coche, saltó fuera y corrió hacia la puerta.

El ruido de un coche que se detenía con grandes precauciones llegó muy pronto a sus oídos. Esperó unos momentos. No tardaron en sonar pasos discretos.

Un hombre asomó la cabeza. De pronto, sintió que sus pies se despegaban del suelo. Peel le había asido con ambas manos por el cuello, haciéndole volar cuatro o cinco metros, antes de caer sobre el suelo de cemento.

Peel se asomó rápidamente. En el coche perseguidor no había nadie. Tranquilo al efecto, se volvió hacia el espía, que ya empezaba a levantarse y metía la mano en el interior de su chaqueta.

El tacón de Peel golpeó brutalmente el antebrazo del sujeto, que cayó de espaldas. Peel se inclinó y alzó en vilo al espía, situándolo sobre su cabeza. Giró varias veces sobre sí mismo y acabó proyectándolo contra una pila de cajones vacíos que estaban al pie de un muro.

Hubo un tremendo estallido de maderas. El espía rodó por el suelo, quejándose sordamente. Peel fue hacia él, le quitó la pistola y luego hurgó en sus bolsillos. Tenía una agenda, vieja y sebosa, en la que encontró un número de teléfono ya conocido.

La agenda golpeó el rostro del espía. No podría sacarle nada; seguramente, sólo sabía que debía telefonear al piso alquilado por Jones, con los resultados de su persecución. Pero, al menos, se deshacía de un estorbo incómodo.

Salió de nuevo con su coche. Al hallarse en el exterior, se le

ocurrió una idea. Paró un momento. Sí, las llaves del automóvil de su afligido perseguidor estaban puestas. Se las llevó sin sentir el menor remordimiento y las tiró al hallarse en las proximidades de un imbornal de alcantarilla.

CAPÍTULO V

Cuando el hombre se disponía a entrar en su casa, algo le golpeó la espalda con tremenda violencia, lanzándole al centro de la sala. Ed Myleson lanzó un rugido de rabia y furor a un tiempo. Al volverse, vio a Peel que cerraba la puerta con el tacón.

—Hola, «Crótalo».

Myleson se puso en pie y se pasó la mano izquierda por los cabellos revueltos súbitamente. Peel apreció la falta de dos falanges del dedo meñique.

—Si lo prefieres, te llamaré Alfred Jones.

Hubo un momento de silencio. De súbito, Myleson estiró el brazo derecho y se lanzó a fondo. Peel saltó ligeramente a un lado. El estilete se hundió profundamente en la madera. Peel golpeó hacia su derecha, de revés, pero con el filo de la mano. A Myleson le pareció que le cortaban el cuello.

Se tambaleó, gorgoteando agónicamente. Peel elevó el codo y se lo hundió en el costado izquierdo. Myleson cayó de lado.

Sin embargo, era fuerte y trató de recuperarse. Pero tuvo que ponerse a gatas, cosa que Peel aprovechó para arrearle un tremendo taconazo en las posaderas. Myleson salió catapultado hacia una silla próxima. Peel fue tras él, lo agarró por el cuello de la chaqueta y le hizo girar en redondo, disparándolo de nuevo contra la pared opuesta. Myleson chocó, rebotó y cayó de cara. Peel le taconeó sucesivamente los dedos de ambas manos.

Myleson gimíó agónicamente. Peel se inclinó sobre él, le cogió de los pelos y le hizo incorporarse a viva fuerza.

—Si te parece, seguimos el tratamiento —dijo.

Myleson contestó con una obscenidad. Peel alzó la rodilla y le aplastó los labios.

—Habla como las personas decentes —sonrió, dándole otro tirón de pelo—. Y las personas decentes, cuando les preguntan algo,

contestan cortésmente. Por ejemplo y en tu caso, ¿dónde está Harrendon?

—No... lo sé...

Peel usó la mano izquierda para retorcer la nariz del hampón.

—Como dijo aquél, todavía no ha empezado la lucha —sonrió—. ¿Qué me contestas, Ed?

—Cayo Hueso... Grampus Hotel...

—¿Se ha inscrito con su nombre?

—No... Usa el de Johnstone...

—Bastante común, por cierto. Supongo que fue Harrendon el que te ordenó alquilar el piso donde has instalado un teléfono con grabadora automática.

—Sí... No sé por qué...

—Te creo, Ed, te creo. Dime otra cosa: ¿quién es el que me disparó anoche como aviso?

Myleson apretó los labios.

—¿Continuamos el tratamiento?

—Maldita sea —sollozó el hampón—. ¿Por qué me obliga...?

—Porque me pagan —rió Peel—. ¿Contestas a la última pregunta o...?

—Budd Alstrom, «El Sueco». Vive en South Hillside, cuatrocientos doce...

—Muchas gracias, Ed.

Peel soltó al hampón un instante. Luego disparó su puño derecho con todas sus fuerzas. Myleson se despegó un poco del suelo y voló tres o cuatro metros, hasta caer al suelo, hecho un guiñapo.

Por si acaso, Peel arrancó los hilos del teléfono y hasta separó el auricular de la horquilla. El auricular fue a parar a la cisterna del inodoro.

Al salir, se fijó en el estilete con el que Myleson había intentado «pincharle».

—Hijo de puta —masculló rencorosamente.

«El Sueco» dormía apaciblemente boca abajo, cuando sintió que alguien encendía la luz. Su primer movimiento fue meter la mano bajo la almohada, pero el intruso soltó una risita.

—La tengo yo, Budd.

Alstrom se sentó de golpe en la cama. Palideció al ver la pistola

con silenciador en poder de Peel.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó.

Peel estudió un momento al sujeto. Era mucho más duro que Myleson. Tenía que serlo; los asesinos profesionales eran tipos duros.

—Levántate —ordenó.

Alstrom obedeció, sin perder de vista a Peel. El joven movió una mano.

—Delante de mí —añadió.

«El Sueco» echó a andar. De pronto, sintió un golpe tremendo en la nuca y perdió el conocimiento.

Peel se puso a registrar la casa inmediatamente. Lo que encontró, le puso los pelos de punta.

—Vaya un arsenal —murmuró.

Había una pistola ametralladora, varias cajas de cartuchos, media docena de cargadores, un enorme revólver Magnum y un par de bombas de mano. Las granadas le hicieron concebir una idea.

Cuando Alstrom recobró el conocimiento, se encontró sentado en un sillón, al cual estaba sólidamente atado. En torno al cuello notó cierta molestia.

—Es una de tus bombitas, «Sueco» —dijo Peel, que sostenía en la mano un cordel fino—. La he sujetado con cinta adhesiva en el lado izquierdo de tu repugnante pescuezo. De mis tiempos de policía, te recuerdo como autor de cuatro o cinco asesinatos, que no pudieron ser probados jamás. Bien, puesto que ya no soy policía, puedo permitirme el lujo de obrar de otra manera muy distinta.

Estiró ligeramente el cordel.

—Si doy un tirón, arrancaré la anilla y la bomba estallará cinco segundos después. Tengo tiempo de sobra para saltar por la ventana y protegerme de la explosión.

Los ojos de Alstrom estaban fuera de sus órbitas.

Regueros de sudor corrían por sus sienes.

—¿Qué... desea? —preguntó.

—Eso ya está mejor —sonrió Peel—. Verás, he estado con Myleson y me ha facilitado ciertas informaciones. Simplemente, quiero que las corrobore.

—Hablaré... Diré lo que sea... pero, quíteme esta maldita bomba...

—Primero, habla.

—Harrendon —dijo «El Sueco» instantáneamente.

—¿Dónde está?

La respuesta de Alstrom era absolutamente idéntica a la de Myleson. Pero, de pronto, Peel recordó algo.

—Dime una cosa: ¿quién conducía el coche que ocasionó el accidente en el que resultó herido gravemente el señor Alderton?

—Un tal Bradd...

—¿Es su nombre auténtico?

—Sí...

—Detrás del coche de Bradd iba otro. ¿Quiénes viajaban en él?

—Harrendon y otro hombre. No sé quién era éste...

Peel soltó el cordel, que cayó al suelo.

—Muchas gracias, «Sueco».

—Eh, oiga, ¿no me va a soltar? —gritó Alstrom.

Peel se volvió desde la puerta.

—Ya lo harás tú solo —contestó indiferentemente.

La puerta de la casa se abrió. Myleson, con evidentes señales de golpes en su cara, respingó al ver a Alstrom en semejante postura.

—No he podido avisarte por teléfono —dijo.

—Suéltame, maldita sea... Ese bastardo de Peel, ahora iré con mi ametralladora y voy a hacer que pese de golpe medio kilo más...

Myleson entornó los ojos.

—Te ha hecho hablar —dijo.

Alstrom se fijó en la cara de su interlocutor.

—Y a ti también —gruñó.

—Sí, pero yo no estoy atado.

Myleson se inclinó, agarró el cordel y pegó un tremendo tirón.

«El Sueco» lanzó un alarido desgarrador. Myleson había girado en redondo y salía disparado por la puerta.

Cinco segundos más tarde, se oyó una espantosa detonación. Todos los cristales de la casa volaron en mil pedazos. La puerta, acribillada por la metralla, fue arrancada de sus goznes. Myleson, protegido por el muro, sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente.

—Uf —dijo a media voz.

Luego arrancó a correr hacia su coche. Peel estaba a kilómetro y medio y oyó el estampido.

Se puso rígido. ¿Quién había hecho estallar la granada?

Tal vez «El Sueco» tenía algún enemigo que había decidido aprovechar la ocasión. O alguien había querido tapar una boca, que podía resultar comprometedora.

«Los que matan para vivir, no suelen tener un final muy tranquilo», filosofó.

Nadie echaría de menos a Alstrom, finalizó así sus reflexiones. Y, lo más importante de todo, era que las respuestas de Alstrom coincidían en un todo con las de Myleson.

Era sábado y no la encontraría en su oficina, de modo que decidió ir a su casa. Sonrió al estacionar el coche no lejos de la residencia de los Martin. Cuando cerraba el contacto, vio llegar a Nellie, acompañada de un gallardo sujeto que no era su esposo. «Los cuernos del señor Martin crecerán hoy un centímetro más», se dijo. Esperó a que Nellie y su acompañante hubieran desaparecido de la vista y se apeó del automóvil.

Después de hablar por el micrófono de la entrada, alguien accionó el mando eléctrico de apertura de la puerta de rejas de sólido acero. «Régulus» se le acercó lentamente con aspecto indolente. Ahora, a pleno día, le pareció un trozo de oscuridad arrancado de la noche.

El perro le olfateó. Peel se mantuvo rígido, absolutamente inmóvil. Ni siquiera intentó acariciar la cabeza de «Régulus», no tenía ganas que, en una reacción inesperada, se le llevase la mano de un bocado. Al fin, «Régulus», olímpicamente, dio media vuelta y se alejó trotando lentamente.

Peel sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente. Aquel enorme can daba miedo.

Siguió avanzando. Una doncella, en la puerta, le indicó la parte posterior de la casa. Peel la rodeó y salió a la explanada cubierta de hierba y en la que se hallaba Rosemary Alderton, junto a la piscina.

Era un cuerpo delgado, pero netamente femenino y de piel ya ligeramente tostada, lo que le confería aún mayores atractivos. En aquellos instantes, Rosemary terminaba de abrocharse la pieza superior del traje de baño. Por lo visto, cuando estaba sola, tomaba el sol completamente desnuda.

—Pensé que estaría fuera de la ciudad el fin de semana —dijo.

—Mi padre sigue en coma, recuérdelo —respondió ella

sosegadamente—. ¿Alguna noticia interesante, señor Peel?

El visitante fue a una silla que había bajo un toldo.

—El sol pega fuerte hoy —sonrió—. He tenido bastantes tropiezos —añadió—. Pero he conseguido cosas interesantes.

Rosemary se levantó y fue a situarse bajo el toldo. Había una mesa con servicio de licores y puso hielo y *whisky* en un vaso, que ofreció al visitante. Ella se limitó a encender un cigarrillo.

—¿Por ejemplo...? —dijo, después de expulsar el humo.

—El accidente de su padre fue provocado. Un automóvil lo adelantó por la derecha. Su padre no sufrió apenas daños en aquel instante, pero sí fue golpeado con un objeto contundente, y el que golpeó lo hizo con todas sus fuerzas, sin importarle que el señor Alderton muriese. Eso fue lo que causó el desprendimiento de la esquirla, de hueso que es el origen del estado de coma en que se encuentra.

—Y entonces fue cuando se le llevaron la cartera de mano...

—No, porque él ya había escondido los documentos. El punto oscuro está entre la salida de su despacho y el lugar del accidente. ¿Se detuvo en algún sitio? ¿Habló con alguien? ¿Quién iba con él en el coche antes del accidente, momento en que ya viajaba solo?

Rosemary pareció sentirse preocupada al oír aquellas palabras.

—Que yo sepa, salió solo... ¡Espere, no! Dempsey le acompañaba.

—¿El jefe de contabilidad?

—¿Cómo sabe que ocupa ese cargo? —se asombró ella.

—Mi oficio es investigar —respondió Peel sonriendo—. De modo que Dempsey iba con él en el coche...

—Sí, porque el suyo estaba en el taller y mi padre le dijo que podía dejarlo en su casa. Dempsey aceptó, naturalmente. No vive demasiado lejos; apenas a dos kilómetros de distancia, pero si piensa relacionarlo con los documentos robados, deseche la idea... Dempsey no hace más que lamentarse de no haber estado en el momento del accidente. No lo hubiera evitado, pero habría salvado la cartera.

—Muy lógico —convino Peel—. De modo que, hasta el lugar del accidente, su padre viajó solo durante...

—Casi cinco kilómetros. Todavía hay siete más hasta esta casa. Peel asintió pensativamente.

—Una información muy interesante —dijo—. Señorita Rosemary, conozco al sujeto que ha organizado este asunto. Sé dónde está y pienso visitarle. Pero un viaje a Florida no es precisamente barato, sobre todo, si se tiene en cuenta la clase de hotel en que está alojado nuestro hombre.

La noticia hizo abandonar a Rosemary su medida habitual.

—¿De veras sabe quién robó los documentos?

—Por lo menos, el nombre del que dirigió las operaciones y, seguramente, en nombre de otra persona, que se escuda en el anonimato.

CAPÍTULO VI

—De modo que Harrendon no es sino un rufián alquilado... —dijo Rosemary después de escuchar el relato de su visitante.

—Es algo más que un rufián. Un tipo muy inteligente, despiadado y con ayudantes fieles y capaces de cualquier cosa. Posiblemente, él tiene la cartera robada, quiero decir, la que Mitchell iba a vender.

—Se habrán quemado los documentos.

—No. Harrendon tuvo que saberlo a tiempo. ¿Quién preparó la trampa incendiaria?

—El propio Mitchell. Nadie más que él conocía el procedimiento de desconexión de la trampa.

Peel frunció el ceño.

—Si pensaba vender los documentos, la trampa no tenía sentido —dijo.

—Tuvo que hacerlo. Hoffman estaba delante en aquellos momentos. Pero, por lo visto, no tuvo tiempo de desactivar el mecanismo incendiario.

—Bien, en tal caso, será cosa de hablar con Harrendon.

—¿Piensa ir al Grampus Hotel?

—Ya he reservado el pasaje de avión. Pero no sé los días que estaré en Key West...

—Le daré un cheque —dijo Rosemary—. ¿Cuánto?

—Oh, dos mil, no necesitaré más. Ya le pasaré luego la nota de gastos.

—No será necesario; sé que no gastará más de lo absolutamente preciso. Espere aquí, por favor.

Rosemary se puso en pie y buscó la bata de baño. Luego se alejó hacia la casa.

«Régulus» vino, olisqueó un momento las piernas del joven y se tendió a su lado. Peel no se fiaba. Aquella aparente mansedumbre

del doberman podía convertirse en un huracán de fiereza en menos de un segundo. «Régulus» le inspiraba un respeto imponente.

Rosemary vino minutos más tarde y le entregó el cheque.

—Pero hoy están cerrados los bancos —dijo.

Peel sonrió.

—Tengo mi banco particular —contestó—. No se preocupe; alguien me dará los dos mil dólares en efectivo. —Se puso en pie—. Repito, el quid de la cuestión está en el espacio de tiempo que su padre viajó solo. Había pensado primero que ese espacio de tiempo se inicia con la salida de la oficina, pero puesto que Dempsey le acompañó durante dos kilómetros, aproximadamente, es preciso empezar a contar desde este punto hasta el lugar del accidente.

Se llevó el índice a la sien.

—Haga que «Régulus» se esté quieto —solicitó, como despedida.

—No se moverá —respondió la joven.

Donald Dempsey, como había supuesto, no estaba en la ciudad. Hasta la noche no salía el avión para Florida. Tenía tiempo sobrado para hacer una visita. Si el tipo a quien pensaba ver formaba parte de la cuadrilla, no sería precisamente de la clase de gente a la que le gusta salir al campo los fines de semana, dedujo.

Rossiter Bradd, efectivamente, estaba en su casa. Debía de hacer muy poco que se había levantado. Aún tenía los ojos legañosos y el pelo revuelto. La bata con la que se envolvía, necesitaba un lavado urgente. Peel tomó nota de la mano derecha del sujeto escondida en el bolsillo de la bata.

—Hola —dijo amablemente—. Soy investigador de seguros. Estoy realizando una información complementaria, sobre el accidente que tuvo usted hace cuatro semanas y en el que resultó gravemente lesionado un tipo llamado Alderton.

Bradd puso mala cara de inmediato.

—Ya dije entonces todo lo que era necesario —respondió agriamente—. Alderton se echó encima de mi coche...

—Usted adelantó por la derecha ilegalmente y se le atravesó, virando a la izquierda.

—Eso no es cierto. Yo adelanté correctamente, pero el coche me patinó... Si Alderton no condujese como un loco... Iba a más de ciento veinte... Podría haber frenado, si su velocidad hubiese sido la marcada en aquel sector.

Peel sonrió.

—Señor Bradd, ¿quién más iba con usted en el coche? ¿Quién fue la persona que se apeó de su automóvil, apenas producida la colisión, fue hacia Alderton, le golpeó con una matraca y le quitó su portafolios?

El rostro del sujeto se puso gris.

—No... no sé de qué me está hablando... Yo viajaba solo... Puede preguntar a los patrulleros, si duda de mí...

—El ladrón de la cartera de mano subió a un coche que les seguía a corta distancia y que arrancó inmediatamente. Usted se quedó, como víctima inocente de una colisión. Pero su acompañante huyó. ¿Quiere decirme, por favor, su nombre?

Bradd retrocedió un paso. La mano izquierda de Peel se disparó y atenazó su muñeca.

—Suelte la pistola.

Bradd forcejeó. Peel empezó a hacer presión lenta e irresistiblemente. Gotas de sudor aparecieron en la frente de Bradd, de cuyos labios se escapó un sonido inarticulado.

—Puedo pulverizarle los huesos de la muñeca —dijo Peel, sonriendo con fingida amabilidad.

—E... está bien... Ya la he soltado...

Peel levantó la mano de Bradd y la vio vacía. Con la derecha, sacó un revólver de cañón corto, que arrojó debajo de un diván.

—Y ahora, especie de hijo de puta, vas a decirme quién estaba contigo en el coche o te romperé el espinazo.

Bradd movió la cabeza.

—No... no...

Peel levantó bruscamente la rodilla. Bradd salió despedido hacia atrás y cayó de espaldas, con las manos en la entrepierna, retorciéndose como un poseso.

—Oh... cómo duele...

—Sí, duele mucho —dijo Peel fríamente. Puso su tacón sobre la nariz del caído—. Puedo juntarte la cara con la nuca —añadió.

—Harrendon —gritó Bradd, aterrado.

Peel retiró el pie.

—Harrendon, siempre Harrendon —murmuró.

Bradd empezaba a sentarse. Peel movió la rodilla de nuevo y lo dejó sin sentido.

Salió de la casa profundamente preocupado. Resultaba evidente que Harrendon era el que había dirigido todas las operaciones. Pero, por lo que sabía, era hombre que actuaba siempre por un salario. Muy alto, naturalmente, pero un salario, al fin y al cabo.

Entonces, ¿quién era el que le había contratado?

¿Hoffman?

Podía ser. Hoffman le había dado la impresión de ser un tipo resentido. No dudaba de su capacidad, pero ahora debía de sentirse frustrado por no ocupar el puesto que estaba en manos de Rosemary.

—Será cosa de investigar a ese tipo —se dijo, mientras accionaba la llave de contacto de su automóvil.

Llegó a su casa al atardecer y se metió en el baño de inmediato. Al terminar, empezó a preparar la maleta. Eran ya las nueve de la noche y le quedaba el tiempo justo para ir al aeropuerto. Entonces, sonó el teléfono.

Cruzó la sala, levantó el aparato y pronunció su nombre:

—Peel.

El otro dijo:

—Harrendon.

—Oh, querido enemigo...

—Estoy en la ciudad. No se moleste en ir a Florida.

—No sabe cuánto me fastidia volar de noche. Gracias por el aviso, Harrendon.

—Soy muy considerada con la gente. Por eso le he llamado; para que no viaje en un vuelo nocturno, para que no vuele nunca más.

El instinto le hizo a Peel agacharse casi antes de que Harrendon hubiese terminado de hablar. Inmediatamente, Peel oyó el ruido de un cristal perforado por el proyectil. Un jarrón voló en pedazos. La bala se clavó finalmente en la pared.

—Oh... —jadeó. Dejó caer el teléfono y golpeó el suelo con una mano, a fin de imitar el ruido de la caída de su cuerpo—. Ma... maldito... Harrendon...

Por el auricular salió una burlona carcajada. Luego volvió el silencio.

Peel permaneció en la misma postura durante algunos minutos. Oyó el ruido de un coche que arrancaba a toda velocidad y se levantó muy despacio.

Harrendon no había perdido el tiempo, ciertamente, pensó. Y era un tipo demasiado peligroso. Pero en él estaba la clave.

Después de unos segundos de reflexión, decidió que ahora era su turno.

—Vas a saber lo que es bueno, Harrendon —murmuró.

Floyd Harrendon dormía profundamente, cuando, de repente, oyó el timbre del teléfono. Maldiciendo al importuno, abrió los ojos y consultó el reloj de sobremesa. Eran las cuatro y media de la madrugada. En la habitación flotaba un extraño olor, que no supo identificar de inmediato.

Descolgó el teléfono.

—Harrendon —dijo—. ¿Quién es el imbécil que me despierta a estas horas?

—Soy un fantasma, el fantasma de Peel. —Harrendon oyó una voz fresca, alegre—. ¿No huele nada, Floyd? Le he puesto una bomba debajo de la cama. Va a explotar enseguida.

Harrendon identificó entonces el olor, típico de una mecha que se consumía. Los pelos se le pusieron de punta y se dispuso a saltar de la cama. En el mismo instante, se produjo la explosión, que hizo retemblar los vidrios.

La habitación se llenó de humo. Harrendon sintió que le castañeteaban los dientes.

Aún tenía el teléfono en la mano. La risa de Peel llegó hasta sus oídos, nítida, estridente.

—Era sólo un petardo —dijo el joven—. Pero, imagínese que le hubiera puesto media docena de cartuchos de dinamita. Tendrían que recogerle con pinzas...

La puerta del dormitorio se abrió bruscamente. Un hombre entro, pistola en mano.

—¡Jefe! —exclamó Gorman—. ¿Se encuentra bien?

Harrendon hizo un gesto con la mano.

—¡Peel! —gritó.

—Tengo que hacerle una visita —contestó el joven—. Pero eso será cuando me parezca bien y tenga la seguridad de que no me va a jugar una mala pasada. Adiós.

Harrendon dejó el teléfono en la horquilla. Gorman aguardaba en la entrada.

—¿Qué ha sido eso, jefe? —preguntó.

Harrendon, todavía sentado en la cama, meditó unos segundos.

—Es preciso hacer algo —dijo al cabo—. Mientras Peel esté por ahí, nosotros no podremos sentirnos tranquilos.

—Si quiere que vaya a buscarle... Diablos, cuando le disparé, vi que caía...

—Ya pensaré algo, Alvin. Pero no olvides que es un mal enemigo, un tipo muy astuto. Cuando golpee de nuevo, no quiero que se cometa un nuevo error, ¿comprendes?

Lanzó una maldición.

—No puedo abrir el maletín y tampoco sé dónde están las copias de los documentos —añadió, rabioso.

Donald Dempsey acogió muy cortésmente a su visitante y le consultó sobre sus preferencias en bebidas. Peel manifestó que se contentaba con una taza de café, si ya estaba hecho.

—Sí, llené la cafetera —sonrió Dempsey. Tenía unos dientes magníficos, observó Peel. ¿Suyos o artificiales?—. Precisamente he necesitado ingentes cantidades de café. Como habrá observado, no he salido fuera este fin de semana. Tenía algunos puntos oscuros que aclarar en determinadas partidas de contabilidad y me he pasado todo el sábado y buena parte de hoy metido con las cuentas.

Llenó una taza y se la entregó a Peel.

—Otro día anotaré en los libros los gastos que originen sus investigaciones —añadió, sonriendo.

Era un tipo verdaderamente atractivo, se dijo Peel. Alto, fornido, el rostro tostado, seguramente por los rayos de la lámpara de cuarzo, muy rubio. Debía de tener unos treinta y cinco años, calculó Peel. Para las mujeres, debía resultar irresistible, si había que creer a Jane Wyckett.

—Soy siempre un hombre moderado en mis facturas —contestó festivamente—. Pero, si me lo permite, usted parece un hombre demasiado joven como para ser jefe de contabilidad de la Alderton Limited.

—Bueno —contestó Dempsey—, soy licenciado en Matemáticas y graduado mercantil. Entiendo un poco de contabilidad.

—No me cabe la menor duda —dijo Peel—. Señor Dempsey...

—Donald, por favor; detesto las ceremonias.

—Muy bien, Donald, muchas gracias. Llámeme Greg, en correspondencia... y dígame si está enterado de lo que sucede con

los documentos de la patente. Por supuesto, me imagino que sí lo está. ¿Me equivoco?

Dempsey se puso serio bruscamente.

—Estoy al corriente de todo lo que sucede —contestó—. Dios, un trabajo de años, cientos de miles de dólares gastados en investigaciones... y ahora que ese trabajo podía rendir sus frutos, el animal de Mitchell va y se siente tentado por el demonio. No se puede hablar así corrientemente, pero yo lo haré, Greg. ¡Me alegro de que le saltasen la tapa de los sesos! ¡Se lo tenía bien merecido!

CAPÍTULO VII

Dempsey se sirvió una segunda taza de café y tomó unos sorbos. Hizo un esfuerzo por sonreír.

—Dispense este arranque —dijo—. No he podido contenerme. Yo apreciaba infinitamente al señor Alderton...

—El robo de las copias tuvo lugar antes que el robo de los originales —recordó Peel.

—El señor Alderton quería hacer todavía unas comprobaciones personales, aparte de la última serie de pruebas que insistió se realizaran, antes de enviar los documentos a Washington.

—¿Alderton hace pruebas él mismo?

—Ah, pero ¿no lo sabía? Aunque los trabajos de investigación fueron realizados principalmente por Mitchell. Alderton tenía el doctorado en Ciencias Químicas. Pero la gente le conoce más por la faceta de hombre de empresa.

—Eso mismo me sucedía a mí —sonrió Peel—. De modo que usted, Donald, salió aquel día con Alderton en su coche.

—Sí, el mío estaba en el taller. El sistema de arranque funcionaba muy defectuosamente y me había puesto en más de un compromiso.

—¿Puedo saber a qué hora salieron del edificio de oficinas?

—Sobre las cinco de la tarde, minuto más o menos. Yo me separé de él a las cinco y diez.

—Y del punto de separación a la casa hay unos doce kilómetros, que debería recorrer en menos de veinte minutos.

—Depende del tráfico —sonrió Dempsey—. Pero el cálculo es muy aproximado, sobre todo, si se tiene en cuenta que sólo el último tramo, de unos tres kilómetros, está despejado y puede rodar a ciento veinte. Antes, no se puede rebasar los ochenta por hora y, además, hay bastantes semáforos. Eso reduce mucho la velocidad media.

—Sí, es cierto.

Peel se puso en pie.

—Ha sido una conversación muy instructiva, Donald. Gracias por todo —se despidió.

—He tenido un gran placer, Greg.

Peel salió a la calle. Dempsey era todo un tipo. Meneó la cabeza y subió a su coche. Empezó a calcular cuándo resultaría más conveniente la entrevista con Harrendon.

En aquellos momentos, Harrendon, acompañado de Gorman y otro sujeto llamado Erick Wertz, salía de su casa. Gorman y Wetz exploraron previamente la calle. Después de comprobar que no existía el menor peligro, salieron con paso rápido, hacia el coche estacionado frente a la casa.

Gorman ocupó el puesto del conductor. Harrendon y Wetz se situaron en el asiento delantero. Gorman hizo girar la llave de contacto.

Se oyó un fuerte chasquido. Una enorme nube de humo empezó a brotar del motor. Gorman lanzó un chillido de espanto y se tiró fuera del coche. Harrendon y Wetz salieron disparados y se arrojaron al suelo, esperando el atronador estampido de la carga explosiva.

Pero no hubo explosión. Un segundo después, se oyó un extraño gañido, como de pito de caña. Harrendon se puso rojo de ira, comprendiendo el significado de la burla. Sus puños golpearon rabiosamente el césped.

—Te arrancaré el pellejo, Peel, bastardo...

Empezó a ponerse en pie. Súbitamente, una enorme llamarada brotó del motor. Harrendon retrocedió, lo mismo que sus dos secuaces. Harrendon lloró al ver que el fuego consumía su «Cadillac» comprado apenas la semana anterior.

Estaba tomándose una hamburguesa, regada con una jarra de cerveza, cuando, de pronto, sintió que le daban una tremenda palmada en la espalda. Al volverse, contempló el sonriente rostro de un hombre al que no veía desde hacía algunos años.

—Por todos los diablos... Si es el mismísimo Bruce Davis... el mejor matasanos que he conocido en los días de mi vida. ¿De dónde rayos sales, Bruce?

—He estado fuera del país —contestó Davis, un hombre de unos

treinta y cuatro años, mediana estatura y rostro afilado—. Trabajando, claro.

Los dos amigos se abrazaron fuertemente. Luego, Peel empujó al médico hasta un taburete contiguo.

—Anda, siéntate y almuerza conmigo. ¿Cómo está tu mujer?

—Bien, con la barriga llena —rió Davis—. ¿Qué haces tú?

—Psé, ya puedes ver... Oye, ¿dónde has estado todo este tiempo?

—Ampliación de estudios. Dos años en Europa y dos en la costa Este, Nueva York y otros sitios. Ahora he vuelto a casita, a estudiar posibles ofertas. Quizá me decida a aceptar la del Medical & Chirurgic

Center. Me gusta más que la del Memorial Hospital. En el primero puedo practicar mejor mi especialidad, neurocirugía.

La camarera vino y tomó nota del pedido. Peel arreó un mordisco a su bocadillo y luego, con la boca llena, repitió:

—Neurocirugía.

—Así es, Greg. ¿Cómo marchan tus asuntos en la Policía?

Peel hizo un gesto con la mano, que quería indicar ni bien ni mal.

—Oye —dijo a continuación—, ¿lo tuyo es levantar la tapa de los sesos y hurgar en el cerebro con un bisturí?

—Entre otras cosas, claro —rió el doctor Davis.

—Eres un tipo que prometía mucho —dijo Peel, con los ojos entornados—. Seguramente, habrás progresado.

—Modestia aparte, creo que sí.

La camarera vino con una bandeja en las manos y la puso sobre la mesa.

—Bruce —dijo Peel.

—¿Sí, Greg?

—¿Puedo pedir un favor a un antiguo amigo?

—Todo lo que quieras. ¿Te sientes enfermo?

—Oh, no, gracias a Dios, tengo la salud de un roble... —Peel se golpeó el pecho con el puño, a estilo Tarzán, y luego empezó a toser fingidamente—. Ejem... ejem...

Davis se echó a reír.

—Vamos, suéltalo —pidió—. Te debo un par de favores y me gustaría mucho complacerte. ¿De qué se trata?

—De una esqirla de hueso que tiene en coma a un sujeto hace más de cuatro semanas —contestó Peel pensativamente.

—Oye, eso es verdaderamente interesante. ¿Dónde está el tipo? Me gustaría examinarlo...

—Tendré que hablar antes con la hija, para pedir que te autorice a examinar al paciente. Y lo haré esta misma tarde, Bruce —contestó Peel resueltamente.

La cancela estaba abierta. Peel se extrañó. Empujó un poco y no percibió ningún sonido de timbre de alarma. Avanzó un par de pasos y cerró. Luego caminó hacia la casa.

«Régulus» salió a su encuentro, meneando lentamente la cola. El doberman le olfateó y, al reconocerle, volvió grupos. Peel suspiró y siguió caminando.

La tarde era calurosa. Peel pensó que quizá la servidumbre tenía fiesta. Rosemary, sin duda, estaría en la piscina.

Contorneó el edificio. Al llegar a la esquina, vio dos cuerpos que se movían dentro del agua. La cabellera negra de Rosemary era inconfundible.

El pelo de la otra persona era rubio. Peel llevaba lentes de color y se los quitó. Entonces reconoció a Dempsey.

Rosemary salió de la piscina. Peel se quedó sin aliento. La joven estaba completamente desnuda.

Dempsey la siguió segundos más tarde. Todavía mojados, se abrazaron furiosamente.

«Vaya con la mosquita muerta», pensó Peel.

Dempsey empujó a la joven hacia una toalla extendida sobre el césped. Rosemary cayó de espaldas. Peel no quiso continuar allí. Nunca le había gustado el papel de mirón. «O actor protagonista o nada», era su lema, en asuntos del amor.

Jane había dicho la verdad. Rosemary tenía un amante.

—¿Y qué? —masculló, mientras se encaminaba hacia la salida—. Es una mujer joven, guapa y apetitosa, y Dempsey un tipo muy atractivo.

Pero se sentía decepcionado. Le parecía que Rosemary no jugaba limpio.

Aquella noche fue al bar de Lola Ramos.

—A ti te pasa algo —dijo la mujer.

—Sí —contestó él.

—¿Puedo ayudarte?

—Sí.

Lola sonrió. Había un par de tipos bebiendo y fue hacia ellos.

—Lo siento, amigos, es hora de cerrar —anunció—. Paguen y márchense.

El bar quedó vacío segundos más tarde. Lola cerró la puerta y se volvió hacia el joven.

—Vamos arriba.

Peel la siguió. Una vez en el dormitorio, Lola se arrojó sobre él con inusitada voracidad.

—Greg, Greg... —suspiró.

Peel la besó fuertemente, mientras acariciaba los redondos senos de la mujer. De pronto, ella se separó y empezó a quitarse la ropa a puñados.

Peel volvió a acercarse cuando la vio desnuda y se inclinó para besar sucesivamente los erguidos vértices de los pechos. La mano de Lola se crispó sobre su nuca, aplastándole la cara contra el seno izquierdo.

—Querido, querido... —gimió.

Gritó de placer cuando sintió el penetrante peso del macho.

Y Peel descargó en aquella hermosa mujer la rabia y la frustración que le había producido la escena contemplada aquella tarde en la residencia de los Alderton.

Jane Wyckett le guiñó un ojo al día siguiente.

—¿Has visto al dragón?

—¿Hoffman?

—¿Quién, si no? —Jane soltó una risita—. Tengo a mano el extintor. Cada vez que habla de ti, echa lumbre por la boca.

—Me considera un gasto superfluo.

—Tan superfluo como un frigorífico en el Polo.

—Eres una tía cachonda —rió Peel. Movié la cabeza hacia la puerta señalada con el indicativo de «Private». Anda, avísala.

—Si no tienes una cita concertada...

—Avísala —insistió él.

Momentos después, Peel accedía al despacho de Rosemary. Ella le recibió en pie, junto a la mesa, detrás de sus lentes y ataviada con la severidad de costumbre.

—¿Ya ha vuelto de Florida? —preguntó.

—No hice el viaje. Le devolveré el dinero. Harrendon está aquí. Ha intentado asesinarme.

Rosemary perdió un instante su impasibilidad.

—¿Habla en serio?

—No tengo por qué engañarla, *miss* Alderton. Harrendon y yo estamos jugando un poco a la guerra de nervios.

—Puede ser peligroso.

—Lo sé. Pero no he venido a verla por Harrendon, sino por otro motivo.

—Dígame, por favor.

—¿Ha visitado a su padre últimamente?

—Ayer por la mañana. Sigue igual. ¿Por qué lo pregunta?

—Verá... Necesitaría su autorización, para que un buen amigo, reputado neurocirujano, examine a su padre. Quizá el doctor Davis pueda triunfar allí donde otros han fracasado.

—¿Es bueno ese cirujano? —preguntó.

—Señorita Alderton, sí yo estuviese en las condiciones en que se encuentra su padre, me gustaría mucho ser atendido por el doctor Davis.

—El doctor Sogoloff es el jefe del equipo y muy competente. Pero también es muy susceptible. No sé si querrá...

—Usted es la hija del paciente. Tiene derecho a intentar todo para conseguir su curación. Muéstrese firme. Al menos, que mi amigo examine las radiografías. Eso no compromete a nada ni hiere la reputación de Sogoloff.

—Está bien, hablaré ahora mismo con el doctor Sogoloff.

—Y yo, a continuación, con mi amigo —sonrió Peel.

Unos minutos después, Rosemary fijó la vista en su visitante.

—Se encontró ayer a mediodía con el doctor Davis —dijo—. ¿Por qué no me informó inmediatamente?

—El doctor Davis y yo estuvimos charlando un buen rato. Luego fui a su casa. La cancela estaba abierta. «Régulus» me reconoció. Llegué hasta las inmediaciones de la piscina...

Peel calló. La cara de Rosemary era una pura guinda.

Ella abrió la boca, pero no consiguió pronunciar una sola palabra. Peel sonrió, mientras se encaminaba hacia la puerta.

—No se preocupe; éstas son cosas que pasan entre hombres y mujeres a diario, a todas horas, cada minuto... —dijo, por encima

del hombro.

CAPÍTULO VIII

De repente, cuando iba a entrar en el coche, se le acercó Gorman.

Peel se puso rígido. Tenía la seguridad absoluta de no haber sido seguido, pero allí estaba «Ojo Blanco». ¿Era cosa de Hoffman?

—Harrendon quiere verle —dijo el sujeto.

—¿Dónde y cuándo?

—Esta tarde, en el almacén de la Spellney Truck. Calle Trece, número dos mil ochocientos noventa y siete.

Gorman ya no dijo más. Giró sobre sus talones y se encaminó hacia su coche, estacionado a poca distancia. Arrancó enseguida, sin volver la cabeza atrás ni una sola vez.

Peel quedó en el mismo sitio durante unos segundos, pellizcándose pensativamente el labio inferior. Luego, por precaución, examinó el motor de su automóvil. No, no había ninguna bomba.

Se marchó de allí, devanándose los sesos. Gorman sabía que estaría en las oficinas de la Alderton Limited. ¿Quién le había dado el soplo?

De pronto, se le ocurrió una idea. Miró el reloj. Conduciendo de acuerdo con las reglas del tráfico, cronometró el tiempo que se tardaba desde las oficinas a la residencia de Alderton, parándose en los lugares donde lo habría hecho la víctima del accidente, primero para desembarcar a Dempsey y luego por el accidente en sí.

Cuando regresaba, vio que un patrullero motorista le rebasaba y le hacía señas de que se desviase a un lado.

Peel pensó que habría cometido una infracción, pero salió de su error al reconocer al agente, una vez que éste se hubo quitado el casco.

—Te he visto haciendo pruebas de tiempo, Greg —sonrió el motorista—. ¿Qué buscas?

—Datos sobre el accidente de Alderton. Los tiempos no coinciden y estoy tratando de encontrar las causas de ésa discordancia.

—¿Por qué no hablas con Pete Moreno? Puede que te diga algo interesante. Está de patrulla en la Doce. Le llamaré por radio.

Peel sonrió.

—Eres un buen amigo, Nick —se despidió.

Veinte minutos más tarde, paraba el coche fuera de carretera. Un motorista llegó poco después.

—Hola, Greg. Nick Dugan me ha dicho que quieres hablarme sobre el accidente de Alderton.

—Así es. ¿Qué sabes sobre el particular, Pete?

—Verás, aquel día, antes de que se produjera la colisión, yo vi un coche parado fuera de la carretera. Naturalmente, cumpliendo con mi obligación, me acerqué para ver si el conductor necesitaba ayuda. El hombre dijo que no., que sólo se había parado para vaciar la vejiga. Pero le vi con un destornillador en la mano y me sentí receloso. Dijo que había tenido que cambiar un fusible del sistema eléctrico.

—Ya —murmuró Peel—. Un tipo como Alderton no parece el más indicado para manipular en su propio automóvil, ¿no te parece?

Moreno se encogió de hombros.

—Es un personaje muy distinguido. No tenía sentido meterme con él, cuando lo que hacía parecía perfectamente razonable.

—Desde luego, Pete, ¿recuerdas la hora?

—Claro. Las cinco y veintidós.

—Y el accidente se produjo a las cinco y treinta y un minutos —dijo Peel pensativamente—. A esa hora, ya tendría que haber llegado a su casa...

—Pero no llegó —sonrió Moreno.

Peel sonrió también.

—Cuando vayas al bar de Lola Ramos, pídele lo que quieras; va por mi cuenta —dijo, a la vez que accionaba el arranque del motor.

El lugar aparecía desierto y silencioso. Peel se acercó a la enorme puerta del almacén y la empujó para que se deslizase sobre unos rieles bien engrasados.

A la derecha, estaba el cuadro de conmutadores. También había

un pupitre de mando. Peel tocó una palanca y la grúa puente empezó a deslizarse hacia él. Al fondo, divisó un montacargas, que se movió, cuando accionó el mando correspondiente.

Paró los motores y se volvió hacia el cuadro de conmutadores. Primero bajó la palanca del interruptor general. Luego sacó todos los fusibles y los arrojó al otro lado de una gran pila de cajones vacíos. De pronto, oyó pasos en el exterior.

Se pegó a la pared. Una cabeza, de brillante cabellera negra, asomó por el hueco. Peel detuvo el movimiento de su mano, cuyo filo estaba dirigido a la nuca del intruso.

—¿Qué diablos hace aquí?

Rosemary lanzó un grito de susto. Peel tiró de su brazo derecho, haciéndola traspasar el umbral de un salto.

—Suélteme, bruto...

—¿Se ha vuelto loca? Harrendon y sus pistoleros van a venir aquí antes de veinte minutos. Puede haber jaleo.

—Quiero estar presente. Tengo derecho a ello, ¿no?

Peel frunció el ceño.

—¿Quién le ha dicho que me encontraría aquí?

—Nadie. Fui a su casa y le vi salir con el coche. Naturalmente, me limité a seguirle...

Peel alargó la mano.

—Deme las llaves, mujer imprudente —pidió—. Voy a retirar su automóvil donde no pueda verse. No le digo que se vaya, porque no hay tiempo; podría cruzarse con esos forajidos y sospecharían algo, ¿comprende?

—Desde luego, usted no se distingue precisamente por la cortesía en el trato con las personas —dijo ella ácidamente.

—Ni usted por la prudencia en el comportamiento privado —respondió él con no menor acrimonia.

Momentos después, volvía al almacén y ponía las llaves en manos de su dueña.

—Un buen cochecito ese «Mercedes» —comentó.

Rosemary alzó la barbilla.

—Me lo regaló mi padre para mi cumpleaños —respondió—. No iba a decirle que no, ¿verdad?

—Para algunos hombres, usted nunca tiene un no —dijo Peel críticamente.

—Escuche, yo le contraté para que encontrase unos documentos, no para hacer comentarios sobre mi vida privada —dijo ella, furiosa —. Si Dempsey me gusta, ¿a usted qué diablos le importa?

Peel sonrió, mientras la miraba fijamente.

—Vaya, al fin se muestra como una mujer de carne y hueso, y no como una estatua. Llegué a pensar que no tenía sentimientos...

—Está equivocado. Usted no me conoce bien.

—No tengo demasiado interés, créame, señorita Alderton.

Ella vaciló un instante.

—Si... si lo desea, puede llamarme por mi nombre —dijo, con acento más amable.

—No es mala idea. ¿Sabe una cosa?, tengo una pista sobre el posible escondite de las copias.

Los ojos de Rosemary se animaron.

—¿De veras? Dígame...

El ruido de un motor de coche sonó en el exterior.

—Ya no tenemos tiempo —dijo él—. Venga y cierre el pico. No hable por nada del mundo, vea lo que vea y oiga lo que oiga. Que no se enteren de que está aquí o las cosas se pondrían muy feas para los dos.

Peel la llevó al otro lado de la pila de cajones vacíos. Apenas se habían escondido, sonó la voz de Harrendon en la entrada:

—Alvin, tú al corredor superior —ordenó—. Eric, al montacargas. Tú, Ed, detrás de los cajones. No hagáis nada hasta que saque el pañuelo para secarme el sudor de la frente. ¿Entendido?

—De acuerdo, jefe —contestaron los matones al unísono.

—No olvidéis los silenciadores. —No quiero ruidos; esto no está tan aislado como parece y si suenan tiros, tendríamos aquí a la policía antes de cinco minutos—. Harrendon consultó su reloj. —Faltan todavía ocho minutos.

Soltó una atroz risotada.

—Es lo que le queda de vida a ese grandísimo hijo de puta —añadió.

Los pistoleros empezaron a distribuirse por los lugares señalados por su jefe. Ed Myleson corrió a la pila de cajones vacíos. Cuando pasaba al otro lado, dos manos, con dedos de hierro, se cerraron en torno a su garganta.

Segundos después, Peel se inclinaba sobre Myleson y le arrebató la pistola. Comprobó que estaba cargada y buscó un buen lugar de tiro.

Los ojos de Eric Wetz estaban fijos en la entrada, lo mismo que los de Gorman. De repente, Wetz lanzó un aullido y soltó la pistola, para agarrarse el brazo derecho con la mano izquierda.

Gorman volvió la cabeza, enormemente asombrado. En el mismo instante, un lancinante dolor le hizo sufrir una terrible sacudida. Instintivamente, abrió los dedos. La pistola cayó al suelo, desde doce metros de altura. Incrédulo, se miró la muñeca derecha, de la que salía un chorro de sangre.

Harrendon se sentía terriblemente desconcertado. ¿Qué había sucedido?

Wetz lo adivinó antes que ningún otro y estiró la mano izquierda para recobrar la pistola. Un segundo proyectil le atravesó el antebrazo, rompiéndole el hueso. El dolor, enorme, le hizo perder el sentido.

Harrendon comprendió lo ocurrido. Había oído el último chasquido de la pistola y giró en redondo hacia el lugar donde se había producido el ruido. Vio un trozo de chaqueta asomando por el borde de uno de los cajones vacíos y disparó una furiosa andanada. Las balas hicieron volar astillas de las tablas.

De pronto, Harrendon oyó una risita a sus espaldas.

—No se vuelva —dijo Peel—. Si mueve un solo músculo, le saltaré la tapa de los sesos. Deje caer el arma, ¿quiere?

Harrendon suspiró. Aflojó los dedos y la pistola cayó al suelo. Luego levantó las manos hasta la altura de los hombros.

—Así está mejor —dijo Peel—. Y ahora, vamos a tener esa conversación tan deseada por los dos. Sólo que, como dijo el otro, el mango de la sartén es mío.

—No cabe duda —contestó Harrendon tranquilamente—. Es usted un hombre muy astuto.

—Y despiadado también, cuando conviene.

—Pudo haberme matado, cuando colocó el petardo debajo de mi cama.

—Usted trató de apartarme del caso, intimidándome con «El Sueco». Yo me limité a darle una respuesta análoga, con la propina de la broma del coche.

—Una broma muy cara —rezongó Harrendon—. ¿Cómo lo hizo?

—Primero, una bomba de humo, conectada a una pequeña sirena de juguete y, finalmente, un poco de líquido incendiario. ¿Sabía que hice un curso para especialista de explosivos en la Policía? Se aprenden muchas cosas, créame.

—Lo cual no impidió que le expulsaran.

—Eso, a usted, no parece que deba afectarle demasiado, Harrendon. Pero voy a hacerle dos preguntas y quiero que me las conteste. ¿Entendido?

—No le garantizo las respuestas —contestó el interpelado.

—Oh, ya lo creo que responderá. Porque la única garantía que tiene de seguir con vida es contestar a esas dos preguntas...

—¿Se atrevería a disparar contra mí a sangre fría?

—¿Quiere que hagamos la prueba?

Harrendon se llenó los pulmones de aire.

—Hable —dijo roncamente.

—Usted no es tipo que trabaje en determinados asuntos por cuenta propia. Mitchell iba a vender los documentos y Newman le mató, para ahorrarse el dinero que debía entregarle. Pero Newman, que en un principio trabajaba para usted, debió de cambiar de opinión y se entendió con Tate. Sin embargo, sus espías, los de usted, claro, le informaron de las intenciones de Newman y decidió castigarle. Perdió algunos miles de dólares... bueno, los perdió la persona que le había contratado, ya que usted tuvo que salir de estampida, y no pudo recuperar ese dinero. Sin embargo, no le importó demasiado. En realidad, no era suyo y usted iba a cobrar de todos modos la suma acordada. ¿Me he explicado bien?

—Certeramente —contestó Harrendon.

—Entonces, la primera pregunta es: ¿Quién es esa persona?

—¿Y la segunda?

—¿Dónde está el maletín con los documentos?

Agazapada tras los cajones, Rosemary seguía con infinita atención el diálogo entre los dos hombres. De pronto, vio que Myleson empezaba a rebullir.

Durante unos segundos, se sintió paralizada por el terror. Pero luego reaccionó y agarró una tabla que estaba apoyada en uno de los cajones. Cuando Myleson empezaba a sentarse, ella blandió la tabla y se la rompió en la cabeza.

El inesperado estallido sobresaltó a Peel quien, durante unos momentos muy breves, perdió la concentración. Harrendon dio un salto hacia atrás, giró al mismo tiempo y le golpeó en el estómago con el puño. Luego, saltando por encima de él, se precipitó hacia la salida.

CAPÍTULO IX

Frotándose el estómago dolorido, encorvado sobre sí mismo, Peel lanzó una mirada hacia los dos pistoleros, que no daban señales de reaccionar. Dio la vuelta a los cajones y divisó a Rosemary, con media tabla todavía en las manos.

Peel le hizo señales de que guardara silencio. Luego subió al corredor en voladizo y se apoderó de la pistola de Gorman.

—Has tenido mala suerte, «Ojo Blanco». Trabajar para Harrendon no es rentable. Y si no, que se lo pregunten a Alstrom.

Gorman apretó los labios y no dijo nada. Luego, Peel se acercó a Eric Wetz.

—Un médico... —gimió el herido.

—Tranquilo, chico; no morirás. Ed está solo desvanecido; ya llamará a alguien para que os cure.

Se llevó la otra pistola y regresó junto a Rosemary. Ella le miró inquisitivamente.

—Voy a procurar que no la vean esos tipos —susurró Peel—. No quiero que se enteren de que ha estado aquí. Tarde o temprano, Harrendon lo sabría y eso no me conviene.

Ella asintió en silencio. Entonces, Peel empezó a arrastrar uno de los enormes cajones vacíos. Rosemary se situó de tal manera que el cajón la ocultaba a la vista de los dos pistoleros heridos.

Caminó agachada, al mismo ritmo que el cajón empujado por Peel. Cuando estuvo a la altura de la puerta, salió casi a gatas y se escondió al otro lado de la pared.

—Vamos —dijo él a continuación.

Momentos después, le enseñaba dónde había dejado su coche. Rosemary se fijó entonces en la chaqueta de Peel.

—Está acribillada —dijo, recordando que el joven la había utilizado como señuelo contra Harrendon.

—La anotaré en los gastos de la investigación.

Peel esperó a que la joven estuviera situada tras el volante de su coche.

—Sígame —indicó—. Tenemos que hablar, pero nos conviene alejarnos de aquí cuanto antes.

—De acuerdo.

Media hora más tarde, estaban sentados a ambos lados de una mesa. Peel pidió un *whisky* doble. Rosemary solicitó un café.

—Creo que he metido la pata —dijo él, después de un par de buenos tragos—. Fui demasiado prolijo al hablar con Harrendon.

—Resultaron unas deducciones muy brillantes y completamente lógicas —declaró Rosemary—. A mí no se me hubiera ocurrido en absoluto.

—Sí, pero por hablar demasiado, me he quedado sin las respuestas a las dos preguntas que tanto me interesaban.

Ella sonrió.

—Las encontrará, no me cabe la menor duda. Pero, de todos modos, ha señalado a Harrendon que se encuentra sobre la buena pista.

—Eso no me consuela demasiado —rezongó Peel—. No obstante, creo que la solución, al menos parte de ella, está en el tiempo que pasó desde que su padre salió del despacho, hasta que sufrió el accidente. Hay un espacio de tiempo que podríamos llamar «en blanco». Dempsey fue con él y lo dejó a las cinco y diez. A las cinco y veintidós, un motorista de tráfico encontró a su padre, parado fuera de la carretera, con un destornillador en la mano. Su padre alegó que se había parado, aparte de hacer una necesidad fisiológica, para sustituir un fusible quemado del coche. A las cinco y treinta y un minutos, se produjo el accidente. ¿Qué pasó durante esos veintiún minutos?

—Es curioso —dijo Rosemary—. No me había fijado en el detalle...

—Tiene, creo, muchísima importancia. La distancia del despacho a su casa es de unos catorce kilómetros. En circunstancias normales, y aun con un tráfico muy denso, puede tardar, como máximo, veinte minutos en hacer el trayecto. Aquel día, el tránsito era normal, lo que le hubiera permitido realizar el viaje en menos de veinte minutos. Sin embargo, a las cinco y treinta y un minutos, estaba todavía a siete kilómetros de su casa. ¿Lo va entendiendo?

—Creo que sí. Importa saber qué hizo mi padre durante ese tiempo.

—Exactamente.

—Se paró a... Oh, él no haría nunca una cosa así, al menos, en un lugar relativamente transitado. Además, tiene su propio lavabo en el despacho, de modo que haría... lo que fuese antes de salir.

—Perfecto. Entonces, sólo queda saber qué hacía con el destornillador.

—Sustituir un fusible, usted lo ha dicho.

Peel sonrió.

—¿Un fusible? ¿En pleno día y a cuatro pasos de casa como quien dice? En el trayecto hay media docena de talleres que podrían haberle reparado la avería en un par de minutos. No, Rosemary...

—La solución está en el coche...

Ella se tapó la boca con la mano.

—Oh... —Fue todo lo que dijo.

Peel sonrió satisfecho.

—Justamente, acaba de decirlo. La solución está en el coche.

—Entonces... mi padre ya sabía algo...

—O lo sospechaba. ¿Hizo algún comentario con usted sobre el particular?

—No, nunca dijo una sola palabra.

—Muy bien, entonces, ahora, lo principal es encontrar el coche. ¿Dónde está?

—No lo sé, Greg.

Peel saltó en su asiento.

—Pero... ¡eso es imposible! —exclamó—. El coche quedó dañado en el accidente, lo llevarían a algún taller...

—Lo siento —dijo Rosemary, muy afligida—. Cuando me comunicaron la noticia del accidente, yo fui corriendo al hospital. ¿Cómo iba a ocuparme entonces del coche de mi padre? Ni siquiera he vuelto a acordarme de él en lo sucesivo.

—Se nota que tiene «pasta» en abundancia —refunfuñó Peel—. Un coche que valdría un montón de miles...

—Se equivoca, Greg —dijo ella, muy rígida—. Contra lo que puede pensar, papá no era un derrochador, ni de la clase de gente que cambia de coche cada año, según van saliendo los nuevos modelos. Aunque le parezca mentira, el suyo tenía más de seis años.

Pero le marchaba muy bien y se resistía a cambiarlo.

Peel hizo un gesto con la cabeza.

—Puede ser —contestó—. Siento lo que dije antes, pero convendría saber qué es lo que se hizo del coche. ¿Quién nos lo podría decir?

Rosemary meditó un momento.

—Hoffman, me imagino. Se portó muy bien y llevó el peso de todos los acontecimientos después del accidente. Él fue quien organizó todo, ¿comprende?

—Hoffman, ¿eh? —murmuró Peel, mientras se acariciaba el mentón con la mano—. Sí, es de la clase de tipos que miran el céntimo, tanto si es de su dinero, como del patrón para el que trabaja. Hasta que llega el día en que se siente preterido por no ocupar un puesto que cree merecido, y entonces se convierte en un resentido y un traidor potencial.

—Oh, Greg, ¿cómo puede hablar así de Hoffman? —exclamó la muchacha, dolida—. No discuto sus efectos, pero en cuanto a trabajador, capaz y leal, no se le puede reprochar absolutamente nada. Ni creo que sea un frustrado y un resentido. Tiene el genio un poco vivo, eso es todo.

—¡Hum!, yo no me fiaría un pelo...

—¿Lo dice porque no quería que yo te contratase? La verdad es que los informes que me dieron sobre usted, no tenían nada de alentadores. Pero sabía que era el único que podía hacerlo... porque sabía que persiguió al asesino de su amigo Ramos y que no paró hasta dar con él. Eso estuvo muy bien. Lo que ya no me gusta es que lo matase de un tiro por la espalda.

Peel sonrió.

—Está hecho y ya nada se puede evitar —dijo—. ¿Sabe lo que voy a hacer, mientras usted averigua adónde fue amparar el coche de su padre?

—A ver, dígamelo.

—Harrendon tiene todavía el maletín con los originales. Si lo hubiese abierto, ya lo habría dicho. Al menos, yo hubiera sabido apreciarlo en algún gesto, en el tono de sus respuestas...

—Entonces, irá a buscarlo.

—Sí.

—Pero si lo abre, la trampa funcionará...

—O no funcionará —dijo Peel sonriendo.

Rosemary recordó entonces ciertas frases del diálogo sostenido entre Harrendon y Peel.

—Cree que podrá inutilizarla —adivinó.

—Eso espero. De todos modos, no intentaré nada... bueno, suponiendo que rescate el maletín de Mitchell, hasta conocer el paradero del coche de su padre.

Rosemary abrió la boca para decir algo, pero, en aquel mismo instante, un individuo se acercó a la mesa en que se hallaba frente a Peel.

—Hola, Rory —dijo Peel, a la vez que se ponía en pie—. Rosemary, le presento a un buen amigo, Rory Morrows...

—Las presentaciones sobran, grandísimo cerdo —dijo de súbito el recién llegado.

Y antes de que Peel pudiera aprestarse a la defensa, Morrows disparó su puño derecho con todas sus fuerzas.

Cogido por sorpresa, Peel saltó hacia atrás, cayó sobre una mesa, que se hizo astillas bajo su peso, dio una voltereta completa sobre sí mismo y acabó sentado en el suelo, con una espantosa sensación de mareo, que le hacía creer que todo daba vueltas a su alrededor.

—Engañarme de esa manera, cerdo asqueroso... —dijo Morrows.

Y ya se disponía a patear al joven, cuando, de pronto, sintió algo duro en el centro de la espalda.

—Amigo, deje tranquilo al señor Peel o le parto el espinazo —dijo Rosemary fríamente.

Morrows se puso rígido. Los escasos clientes que había en el bar en aquellos momentos, contemplaban la escena sin atreverse a intervenir.

Peel sacudió la cabeza.

—Pegas fuerte, Rory —se quejó—. Pero ¿por qué?

—¿Por qué? —dijo Morrows, furioso—. Oiga, chica, quite la pistola; no pretendía matar a su amigo. Sólo quería darle una buena paliza, por haberme timado dos mil dólares.

—¡Vaya! —resopló la joven—. Ahora nos ha resultado también estafador.

—¿Estafador, yo? —protestó Peel, a la vez que se agarraba a una silla para poder levantarse—. Rory, ¿te has vuelto loco?

—Oiga, chica —gruñó Morrows—, guarde de una vez esa

maldita pistolita...

—No es una pistola, es mi lápiz de labios —contestó Rosemary desenvueltamente.

—Esas cosas no se hacen —dijo Morrows disgustadamente—. De todos modos, tengo motivos para darle una buena paliza a su amiguito del alma.

—Si le ha estafado dos mil dólares, por mí no se detenga. Adelante, Rory —exclamó Rosemary con aire festivo.

—Pero ¿de qué diablos estás hablando? —gritó Peel—. ¿Quieres explicarte de una maldita vez?

—¿Explicarme? —tronó Morrows. Sacó un papel del bolsillo de su chaqueta y lo agitó delante de la cara de Peel—. Me pediste dos mil dólares a cambio de este cheque, ¿verdad?

—Claro, con la comisión del cinco por ciento. Cien dólares, por ir al Banco a buscar dos mil, es una estupenda recompensa, Rory.

—Sí, cuando el cheque es bueno.

Peel se puso rígido.

—¿Qué tratas de decirme, Rory?

—Míralo, estúpido, mira el sello de «Sin fondos». Si no hubieras sido tú, si se hubiera tratado de otro, este cheque ya estaría en el juzgado y tú procesado.

—Yo no; en todo caso, la persona que firmó el cheque. —Peel se volvió hacia la muchacha—. Rosemary, ¿cómo pudo hacerme una cosa semejante?

Ella se sentía desconcertada.

—No entiendo en absoluto cómo el Banco pudo rechazar un cheque con mi firma. He firmado cheques a montones...

—Greg, ¿quién es ella? —preguntó Morrows.

—Rosemary Alderton, la que me dio el cheque. Como yo, el sábado, pensaba hacer un viaje a Florida, que luego cancelé, fui a buscarte para que me dieras el dinero a cambio del cheque. Pero ¿cómo demonios iba a suponer yo que no hubiese fondos en el Banco? ¿Has oído hablar siquiera de la Alderton Limited?

Morrows lanzó una sarcástica carcajada.

—La Alderton Limited... —Se volvió hacia la muchacha—. Quizá usted no sea culpable de lo que sucede, pero es innegable que en el Banco examinaron todas las cuentas de la empresa. Bueno, no encontraron dinero ni para socorrer a un pobre.

Rosemary sintió que le flaqueaban las piernas.

—Oh, no... No puede ser... Pero, si el viernes se pagaron las nóminas puntualmente... Esta mañana se habrían producido ya las quejas de los que no hubiesen podido cobrar sus cheques...

Morrows se encogió de hombros.

—Yo repito lo que me dijeron esta mañana en el Banco —manifestó—. Peel, tienes una deuda conmigo, no lo olvides.

—Antes de veinticuatro horas, te habré pagado, Rory —contestó el joven—. A fin de cuentas, tengo sin tocar esos dos mil dólares... No llevo encima mi talonario de cheques...

—Está bien, te veré mañana. Adiós, *miss* Alderton.

Peel y la muchacha se quedaron a solas.

—¿Qué puedo hacer ahora? —preguntó ella, muy afligida.

—Dos cosas: buscar el coche de su padre y, mañana, a primera hora, enterarse qué ha sido el dinero de la empresa. Su... amigo Dempsey podrá darle explicaciones, supongo.

—Sí, él sabrá decirme lo que ha pasado —convino Rosemary.

CAPÍTULO X

Cuando regresó a su casa, encontró una visita inesperada.

Jane Wyckett estaba tendida en el diván, con las faldas subidas casi hasta las caderas y un vaso en la mano.

—¿Te ha enseñado alguien a abrir las puertas de las casas, preciosa? —preguntó él, mientras se quitaba la chaqueta.

—¿Qué me dices de esa puerta de atrás, la que da a la cocina? Un crío la abriría con un simple imperdible.

—Es posible. —Peel fue al bar y empezó a prepararse un *whisky* —. Veo que has sacado hielo del refrigerador.

—Sí, hacía bastante calor.

Peel contempló críticamente los rotundos muslos de la joven.

—En tu lugar, yo me habría quitado la ropa —dijo.

—Si quieres, me la quito —contestó ella rápidamente.

—Calma, no tengas prisa. Dime a qué has venido, Jane. Porque no estás aquí solamente para disfrutar conmigo en la cama, ¿verdad?

Ella se sentó de pronto.

—Tienes razón —dijo, muy seria—. He averiguado algo de Hoffman que puede interesarte mucho.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Tiene una amante.

—Oh... Si fuese el único...

—Y sé que todos los fines de semana, se marchan fuera de la ciudad. Los vi el viernes por la tarde.

—No me digas.

—Ella ya es madura, pero todavía guapa. Greg, yo pienso que esa mujer le ha sorbido el seso a Hoffman.

—Es posible. Hoffman es ya un cincuentón. A esa edad, los hombres cometen tantas imprudencias o más que cuando eran unos adolescentes. ¿Qué más supones?

—Está claro. Ella le saca el dinero, él no tiene bastante con su sueldo... y por eso quiere vender los documentos.

—Una teoría muy razonable. Investigaré, te lo prometo.

Jane se puso súbitamente en pie. Agarró el vestido por la falda y empezó a subírselo, para sacárselo por la cabeza.

—Ahora, págame los informes...

Peel fue hacia ella y le dejó el vestido en posición correcta.

—Ahora, guapa, lo siento, pero no puedo. Tengo que salir.

—Oh... ¿Adonde?

—Tu jefa me ha invitado a cenar. Aunque sólo sea accidentalmente, también es mi jefa y debo complacerla. Será una cena de negocios, no te preocupes.

—A lo mejor asiste también el amante —dijo Jane con una risita.

—¿Quién sabe? En estos ambientes refinados, todo es posible, siempre que se haga con educación.

Peel acompañó a la rubia hasta la puerta.

—¿Mañana? —solicitó ella.

—Tal vez.

Jane se empujó de puntillas y le mordisqueó el labio inferior.

—El otro día supe lo que era un hombre de veras. No me dejes solamente con el recuerdo.

Peel sonrió con aire complacido. Estuvo unos momentos en la puerta, hasta que vio a Jane entrar en su coche. En el momento de arrancar, ella le saludó con la mano. Peel correspondió de análoga manera.

A continuación, cerró la puerta y empezó a preparar todo para la excursión que pensaba realizar aquella noche y que no consistía precisamente en una cena.

La casa estaba completamente a oscuras. Peel aguardó entre las sombras durante más de media hora, con la inmovilidad de una estatua. De repente, vio a un hombre que salía al exterior.

El sujeto empezó a recorrer el jardín. De pronto, sintió un terrible dolor en la nuca y se desplomó de narices.

Peel había ido preparado para una eventualidad semejante. En modo alguno podía permitirse un fracaso. Pendiente del hombro llevaba una bolsa de lona, de la que saco un rollo de tela adhesiva. Cinco minutos más tarde, el vigilante estaba atado y amordazado.

Lo arrastró debajo de un seto y lo dejó allí, seguro de que ya no tenía que preocuparse de él.

Ciertamente, Harrendon, se dijo, era hombre astuto, que no desdeñaba las precauciones. Peel avanzó paso a paso hacia la puerta y tanteó el pomo.

Abrió un poco. Alguien se acercó.

—¿Eres tú, Lefty?

—Sal, rápido; creo que he cazado a Peel.

La puerta terminó de abrirse desde el interior. Myleson, ciego por el rencor, salió como un toro. Cuando sintió un tremendo puñetazo en la nuca, comprendió, en una fracción de segundo, el tremendo error cometido. Pero ya no podía hacer nada para remediarlo.

Minutos después, Myleson se hallaba en las mismas condiciones que el otro sujeto. Peel se adentró en la casa. Había una sola lámpara iluminada en un rincón, junto a una butaca. Al lado de ésta, había bebidas y un par de revistas pornográficas.

—Vaya manera de entretener la vigilancia —murmuró.

Avanzó paso a paso. Al llegar al dormitorio de Harrendon, entreabrió la puerta.

Ya tenía en la mano un «*spray*». Presionó la válvula y lanzó el gas al interior, alargando la mano a través del hueco justo, a la vez que contenía la respiración. Después de treinta segundos, paró la efusión de gas y cerró nuevamente.

Fue a una ventana, la abrió y aspiró aire puro del exterior. Aquel gas, se dijo, era terriblemente efectivo. Hizo varias inspiraciones, hasta limpiar los pulmones y sentir que se disipaba el leve sopor que, a pesar de sus precauciones, le había acometido.

Luego volvió al dormitorio y encendió la luz. Como había supuesto, el gas narcótico había causado también sus efectos en Harrendon. El sujeto dormía ahora con absoluta regularidad. Peel ventiló la habitación. El gas, sin embargo, no hacía dormir demasiado rato. Harrendon podía despertar antes de que hubiese terminado su tarea. De nuevo tornó a utilizar la cinta adhesiva para inmovilizar al sujeto.

Entonces se sintió ya tranquilo y empezó a registrar la casa, lenta y metódicamente. El maletín, se dijo, no podía estar en otra parte.

Una hora más tarde, sin embargo, sintió ciertas dudas acerca de su capacidad deductiva. El portafolios no aparecía por ninguna parte.

Por segunda vez, recorrió la casa. De pronto, se fijó en un cuadro de grueso marco dorado. Era una reproducción de una pintura célebre. El marco llamó la atención de Peel. Ya lo había examinado antes, pero, por el reverso, sólo había visto la otra cara de la tela. Ahora, sin embargo, un súbito presentimiento le hizo creer que, al fin, había conseguido el objetivo.

Descolgó el cuadro y le dio la vuelta, dejándolo apoyado contra la pared. Con las yemas de los dedos, exploró el borde interior del marco. De repente, encontró un alambre muy fino.

Había otro en el extremo opuesto. De la bolsa que había llevado, Peel sacó unos alicates y cortó los dos hilos sucesivamente. Sacó a continuación una navaja y empezó a cortar la tela.

El maletín apareció sesenta segundos más tarde. Junto a él, había una caja negra de aspecto sospechoso. Los hilos cortados, sin embargo, habían impedido que se activase la espoleta de la bomba.

No obstante, examinó con toda atención el maletín. Debajo podía haber otra bomba, con espoleta de presión, que se activaría al cesar la que ejercía el maletín. Pero, afortunadamente, no había más trampas explosivas.

Ahora sólo restaba abrir el portafolios, pero, naturalmente, no pensaba hacerlo en aquella casa. Fue al dormitorio y encontró a Harrendon despierto.

Los ojos del sujeto brillaron insanamente al verle con el portafolios en la mano. Peel se acercó a la cama y le quitó el esparadrapo que cubría su boca.

—Lo he conseguido, Floyd —dijo.

Harrendon contestó con una obscenidad.

—No podrá abrirlo. Hice que le sacaran unas radiografías. Me dijeron que es imposible, si no se conoce la trampa... y el que la conocía, ha muerto.

Peel se echó a reír.

—He desarmado trampas mucho peores y más sofisticadas que la que hay en este portafolios —contestó—. Supongo que habrá quemado las radiografías, ¿no?

—¿Esperaba que hiciese otra cosa?

—No, claro que no. Pero, a juzgar por la trampa explosiva que instaló en el cuadro, sus técnicos en explosivos son de una calidad muy pobre. No los contrataría yo como pirotécnicos, ni aunque se ofreciesen gratis —dijo el joven insultantemente. Dio un paso hacia la puerta, pero rectificó—. Ah, la policía no tardará mucho en llegar. Le harán muchas preguntas sobre el ametrallamiento de Newman y Tate.

Harrendon se puso lívido.

—Espere, hagamos un trato... —solicitó desesperadamente—. Yo le digo el nombre de la persona que me contrató y usted me suelta...

Peel emitió una risita despectiva.

—¿Para qué? Ya lo sé —contestó—. Lo único que me interesa es probarlo —consultó su reloj—. Quizá lo consiga hoy mismo.

—¡Se llama Hoffman! —chilló Harrendon, frenético.

Peel arqueó las cejas.

—¿Lo dice por congraciarse conmigo? Floyd, nunca le supuse tan flojo —dijo, desdeñoso—. ¿Fue Gorman a entrevistarse con él hace algunas semanas para puntualizar algunos detalles del golpe?

—Sí...

—De todos modos, gracias. Oiga, Floyd, le diré una cosa en secreto; así comprenderá por qué no puedo dejar de avisar a la Policía.

Peel se acercó a la cama y murmuró algo al oído de Harrendon. El sujeto se estremeció violentamente.

—¡No es posible! —gritó.

—Sí.

Peel se encaminó hacia la puerta. Desde allí, miró a Harrendon y sonrió.

—Ha sido un duelo de zorros. Ha ganado el más astuto y, sin falsa modestia, ese he sido yo. ¡Bye, bye! —se despidió burlonamente.

Terminó de arreglarse, fue al dormitorio, se vistió y luego se dirigió a la sala para desayunar. Entonces fue cuando vio al hombre tendido en el diván, abrazado al maletín que reposaba sobre su pecho. «Régulus» dormía apaciblemente en el suelo, a su lado.

Rosemary se detuvo en seco.

—¡Greg!

El perro atiesó las orejas. Peel abrió un ojo.

—Hola —dijo—. Perdona, pero me sentía mortalmente cansado...

Dejó el maletín en el suelo, se puso en pie, bostezó, estiró los brazos, se rascó los costados y se pasó los dedos por el revuelto cabello. Luego emitió una ancha sonrisa.

—«Régulus» y yo nos hemos hecho grandes amigos —dijo—. Cuando salté por la tapia, vino y empezó a hacerme fiestas... Oiga, ¿esto es un perro de guarda o sólo lo tiene como elemento decorativo?

Rosemary contuvo una sonrisa.

—La verdad es que es muy manso. Pero impresiona —contestó.

—Sí, recuerdo la primera vez... Tenía los pelos de punta.

Ella dirigió una mirada al maletín.

—Lo ha conseguido —dijo.

—En efecto. Oiga, empiezo a oler a café a y huevos fritos...

—Pensaba desayunar en la terraza, Greg.

—Entonces, lo haremos juntos.

Minutos más tarde, la doncella servía el desayuno. Peel atacó su plato con notable ferocidad. Rosemary se sentía pasmada al verle devorar su desayuno.

—¿Siempre come así? —preguntó.

—Sólo cuando tengo hambre... tres veces al día —contestó él, con la boca llena—. Por cierto, ¿piensa ir a la oficina para aclarar el jaleo del Banco?

—Antes iré al hospital. Estoy citada con su amigo, el doctor Davis.

—¿Qué sucede?

—Debo firmar una autorización para que pueda operar a mi padre. Estuvimos hablando ayer largo rato. Davis ha examinado las radiografías y asegura que puede operarle, no digo que sin dificultades ni riesgos, pero sí con notables posibilidades de éxito.

—Autorice la operación. Mi amigo tiene unas manos de plata.

—El doctor Sogoloff...

—Mándelo al cuerno. Usted tiene derecho a hacer todo lo que esté en sus manos por restaurar la salud de su padre. Esa esquirra no es un trozo de metal incrustado en algún músculo que, con el movimiento, va situándose lentamente en una posición favorable

para su extracción. La que mantiene a su padre en coma estará ahí toda su vida, si no se arriesga alguien a sacársela y ese alguien no puede ser otro que el doctor Davis.

Rosemary sonrió.

—Ciertamente, oyéndole hablar a usted, se siente una más animosa —declaró—. Pero cuando pienso en los otros inconvenientes... No entiendo cómo han podido «limpiar» las cuentas corrientes.

—Alguien tiene acceso a ellas, mediante autorización de firma, ¿no?

—En efecto. Pero me cuesta tanto creer...

—Un cheque devuelto por falta de fondos es para creer en lo peor.

—Sí, tiene razón —suspiró la joven—. Y ahora, dígame, ¿podrá abrir el maletín?

Peel tomó su última taza de café, se limpió los labios cuidadosamente y se puso en pie.

—Vamos a abrir el maletín —dijo resueltamente.

CAPÍTULO XI

Con algunas herramientas en las manos y el maletín frente a él, estaba arrodillado junto a la piscina, en el borde encementado. Rosemary, presa de una vivísima curiosidad, contemplaba con infinita atención todos los movimientos del joven.

Peel señaló las presillas.

—Lo corriente es apretar con los pulgares, hacerlas saltar y levantar la tapa —explicó—. Entonces, la espoleta de ignición se activa y la carga incendiaria, seguramente a base de magnesio y tal vez algunos gramos del famoso napalm, arde violentísimamente, quemando en segundos cuánto hay en el maletín. Incluso el que lo abriese podría resultar con graves quemaduras y hasta perder la visión.

—Napalm —repitió ella, pasmada.

—Sí, naftenato de aluminio, gasolina y aceite de coco, es la fórmula de esa diabólica sustancia. Y si se le añade un poco de magnesio, figúrese lo que puede llegar a suceder. Pero conociendo la existencia de la trampa, entonces, se dejan quietas las presillas y se da vuelta al maletín, así, como lo hago yo.

El portafolios quedó en posición invertida. Peel cogió una navaja, de filo extremadamente aguzado y, con gran lentitud, empezó a cortar la piel de la cara inferior.

—Es un maletín de aspecto corriente, pero muy bien preparado —añadió, sin dejar de cortar.

Al terminar, despegó el rectángulo de cuero negro. Debajo, en cada esquina, había un tornillo de cruz.

Peel tomó el destornillador a continuación y quitó los tornillos uno por uno.

—La tapa está libre ya —dijo—. Pero, a pesar de todo, no podemos descuidar las precauciones.

Bruscamente, se tendió de bruces en el suelo y, con la mano

izquierda, levantó la tapa cosa de un par de milímetros.

—Lo que me suponía —murmuró.

El instrumento empleado a continuación fueron unas tijeras finas y muy largas. Tendido como estaba, Peel las introdujo en el maletín y cortó varias veces con infinito cuidado. Al cabo de unos momentos, se puso nuevamente de rodillas.

Sudaba, pero sonreía.

—Ya está —dijo.

Rosemary lanzó un profundo suspiro.

—Estoy temblando como un flan —confesó.

Peel se echó a reír.

—Simplemente, no está acostumbrada a presenciar ciertos espectáculos —dijo.

—Usted, sí, por lo visto.

—Tuve algunas experiencias cuando estaba en la policía. Bien, apártese un poco.

Rosemary retrocedió unos cuantos pasos. Peel levantó la tapa inferior de golpe. Algo empezó a humear. Agarró aquella cosa con las dos manos y la lanzó al agua. Una enorme humareda se produjo en el acto, junto con grandes chorros de vapor de agua, producidos por la inflamación de la carga incendiaria.

—El buen Mitchell —dijo—. No había escapatoria; su trampa tenía que arder, de todos modos.

Rosemary se había puesto muy pálida.

—¿Por qué? —preguntó.

—Una espoleta de presión. Eseartilugio tenía lo menos seis o siete espoletas... pero ahora, lo único que queda es limpiar la piscina —agarró los documentos y los puso en manos de la joven—. ¡Voilà! —sonrió.

Ella se mordió los labios.

—Greg, ¿cómo puedo darle las gracias? —preguntó.

—Haciendo, exactamente, lo que yo le indique —contestó él.

—Lo haré —prometió Rosemary.

—Ahora irá al hospital y se entrevistará con mi amigo. Quiera o no el doctor Sogoloff, Davis debe operar a su padre. Una vez haya firmado la autorización correspondiente, irá a su despacho y preguntará a Hoffman dónde fue a parar el coche del accidente. Es muy importante, ¿comprende?

—¿Teme que no le conteste a usted, si se lo pregunta directamente?

—Es muy posible —sonrió Peel—. Yo la llamaré más tarde a su despacho.

—Tengo en casa una caja fuerte —manifestó la joven.

—Es el mejor sitio para guardar esos documentos —aprobó Peel.

Dos horas más tarde, Peel hizo una llamada telefónica.

—Hola, guapa —dijo—. ¿Puedes ponerme con la jefa?

—Claro —contestó Jane—. Oye, ¿esta noche...?

—Te lo diré más tarde. Anda, dame la conexión.

—De acuerdo.

Peel oyó unos cuantos «clicks» antes de percibir la voz de Rosemary.

—Sogoloff se ha rendido —dijo la joven.

—Entonces, Davis va a operar.

—Pasado mañana.

—Magnífico. No me perdería ese espectáculo por nada del mundo.

—¿Piensa ir al quirófano? —se asombró ella.

—Davis es mi amigo. Quiero verle actuar.

—Ya... —Rosemary pareció vacilar un momento—. Greg, he hablado con Hoffman.

—¿Qué dice esa fiera con lentes de montura de oro?

—El coche está en el cementerio de automóviles que hay al final de South Beach Road. Naturalmente, no puede indicarme el lugar exacto, pero si anota la matrícula...

—Démela, por favor.

A continuación, Rosemary le hizo una pregunta:

—¿Piensa ir ahora?

—No. Tengo algo que hacer que es más urgente. Tal vez a mediodía o a la tarde; ya la avisaré de los resultados.

—Gracias. Ah, una cosa; Dempsey no ha acudido a su trabajo. Telefoné diciendo que se sentía indispuerto.

—Entonces, no ha podido preguntarle qué pasa con los fondos de las cuentas corrientes.

—Claro que no. Pero me siento muy desazonada... No sé si ir a verle a su casa...

—¡No lo haga!

Rosemary se sorprendió enormemente al escuchar aquella orden tan tajante.

—¿Por qué? —preguntó.

—Usted debe permanecer ahí, en un sitio donde yo la pueda localizar sin dificultad por su teléfono. Si no he conseguido nada a la hora de terminar el trabajo, vaya a su casa directamente, sin entretenerse por el camino. ¿Lo ha comprendido bien?

—Sí, Greg.

Peel colgó el teléfono y se puso un cigarrillo en los labios. La cabina estaba muy cerca de la zona de estacionamiento del edificio en donde se hallaban las oficinas de la Alderton Limited.

Su coche se encontraba a prudente distancia. Sentado tras el volante, permaneció vigilando el edificio durante unos minutos. No fue un tiempo demasiado largo.

Alguien salió corriendo y se dirigió a toda prisa hacia su automóvil, al que hizo arrancar de inmediato. Peel sonrió mefistofélicamente.

Sí, había sido un duelo de zorros... y lo iba a ganar el más astuto.

La pareja llegó al cementerio de automóviles y se detuvo a la entrada: Un hombre, con mono de peto, barba de varios días y un cigarro apagado entre los dientes, salió a su encuentro.

—Hola —saludó el conductor—. Buscamos un coche... Es un sedán gris del setenta. Aquí tengo su matrícula...

El vigilante del cementerio de automóviles tomó la tarjeta y la contempló críticamente durante unos segundos. Jane Wyckett dio un codazo a su acompañante.

—Dale cinco «pavos», idiota —bisbiseó.

—Oh, sí, claro... —Donald Dempsey sonrió, a la vez que sacaba un billete—. Por las molestias, amigo.

—Gracias, señor —contestó el vigilante—. Sigán todo recto, el segundo sendero a la derecha, al final. La verdad, si quisieran gastarse unos cientos, ese coche está todavía muy bien...

—Por eso mismo venimos a verlo, para estudiar las posibilidades de enviarlo a un buen taller de reparaciones —contestó Dempsey.

Pisó el acelerador y avanzó suavemente, a través de aquella masa de chatarra, de todas las formas y colores. A su lado, Jane parecía tensa, con los labios prietos. Sus ojos quedaban ocultos por

unas grandes gafas de color oscuro. Las manos se crispaban sobre el bolso que descansaba en su regazo.

—Si se te hubiera ocurrido antes... —dijo, furiosa.

—¿Quién diablos iba a pensar que el viejo había escondido los documentos en el coche? En el camino a su casa hay una estafeta de Correos. Siempre creí que metió los papeles en un sobre y se los dirigió a sí mismo, a un apartado que sólo él conocía. Contra una solución semejante, no se podía hacer nada.

—Y, además, Harrendon te traicionó...

—De nada le va a servir el maletín. Los papeles arderán en cuanto intente abrirlos.

—Si tenemos las copias, lo tenemos todo. En Méjico no nos faltarán compradores de la patente. Mejicanos no, por supuesto.

—¿Me tomas por tonto? —Dempsey frenó—. Creo que es aquí —dijo.

Jane abrió la portezuela, puso los pies en el suelo y se alisó la falda maquinalmente.

—¿No es ése? —señaló uno de los automóviles situados en el borde de un gran montón de vehículos de todas clases.

—Sí, el mismo —exclamó Dempsey animadamente—. Muchacha, de aquí a la frontera y que nos echen un galgo.

—Lo tienes todo bien previsto, —¿eh?

—Sí, dinero, pasaportes...

Dempsey avanzó hacia el automóvil, que tenía una fuerte abolladura en la aleta delantera derecha, pero que, por lo demás, ofrecía un aspecto todavía excelente. Abrió una de las portezuelas y estudió el tapizado interior.

—El policía de tráfico lo vio con un destornillador en la mano —dijo—. Para mí, los papeles están en una de las cuatro puertas.

—Empieza ya y no te demores.

Dempsey tenía ya un destornillador en la mano y empezó a desenroscar los tornillos que sujetaban el armazón de la tapicería. Cinco minutos después, empezó con la puerta trasera del mismo lado.

—Estás trabajando en el lado izquierdo —dijo Jane—. El policía vio a Alderton al lado derecho.

—Es verdad —reconoció Dempsey.

Y dio la vuelta al coche, para empezar la misma tarea en la

puerta delantera derecha.

Al cabo de unos minutos, lanzó una exclamación:

—Ya los veo...

Entonces, Jane abrió su bolso, sacó una pistolita, apoyó el cañón detrás de la oreja de Dempsey y apretó el gatillo.

Dempsey dio un salto convulsivo y cayó al suelo. Jane, con enorme sangre fría, pasó la pierna izquierda por encima del caído, alargó la mano y extrajo el sobre de gran tamaño que se veía a través de la tapicería no quitada por completo.

Abrió el sobre y extrajo los documentos. Un grito de furor infinito brotó de sus labios. Sólo eran cuartillas en blanco, excepto la primera, en que se veía el dibujo de una cara, de perfil, con la lengua fuera y los dedos de la mano abiertos, el pulgar apoyado en la nariz, en un inconfundible gesto de burla.

CAPÍTULO XII

El sobre y su contenido fueron arrojados a un lado. Jane miró a derecha e izquierda.

—¡Greg! ¿Dónde estás? Sal si eres hombre...

Al otro lado de un coche, se oyó una risita irónica.

—Te demostré que era un hombre. Ahora he demostrado que soy un zorro. Tú, en cambio, has demostrado que eres despiadada como una pantera. Pobre Dempsey... qué bien supiste engatusarlo... Conque pasaportes a Méjico, dinero en abundancia... Vida de príncipes, ¿eh?

Temblando de rabia, Jane disparó dos veces hacia el lugar de donde procedía la voz. Una de las balas rebotó y se alejó con metálico estridor.

—Dempsey resultó ser un niño, comparado contigo —dijo Peel desde otro punto—. Aunque fue un buen colaborador, si se tiene en cuenta que logró engatusar a Rosemary Alderton. Así tuvo libre acceso a las cuentas corrientes, ¿no es cierto?

Jane se volvió un poco hacia su izquierda, manteniendo el arma hacia el lugar en que suponía se encontraba Peel.

—Greg, tengo pasaportes... En el coche hay doscientos mil dólares en efectivo... Méjico está a una hora solamente... Ven con los documentos y lo olvidaré todo.

—Estás desesperada, no tienes salvación. Lo mejor será que tires el arma, Jane.

En lugar de obedecer, Jane disparó de nuevo. La risa de Peel sonó ahora a cuatro metros a la derecha.

—¡Sal, hijo de puta! —chilló ella frenéticamente.

Peel volvió a reír.

—Muy astuta, sí —dijo—. Incluso me hiciste sospechar de Hoffman. Pero resulta que el dragón es un pedazo de pan. ¿Sabes dónde va todos los fines de semana, con esa madura pero guapa

mujer, que es su hermana Melitta? Pues van los dos a atender una residencia de niños subnormales, así como suena, voluntariamente y sin percibir un solo centavo por su humanitaria tarea. No, Hoffman no es el traidor en esta comedia, sino el hombre que yace a tus pies... el hombre que, impulsado por ti, complicó en su traición a Mitchell, y le hizo preparar la trampa de los documentos, para que otros se enterasen y no pudiesen abrir el maletín, después de que los secuaces de Harrendon lo hubieran asesinado. Pero Dempsey conocía la forma de abrir el maletín sin peligro, ¿no es cierto?

—Asómate, Greg, asómate... —pidió Jane, convulsa de rabia.

—Dempsey pensó primero en las copias, que Alderton se llevaba a su casa, para hacer el repaso final. Pero no sabía que Alderton ya sospechaba de él y que temía que esas copias le fuesen arrebatadas. Por eso las escondió en el interior de la tapicería de la puerta. Cuando, después del accidente, los que se apoderaron del maletín, lo vieron vacío, se quedaron muy desconcertados y, como Dempsey, pensaron que Alderton se habría enviado los documentos por correo a sí mismo.

»Entonces, a Dempsey, no le quedó otro recurso que planear el robo del maletín con los originales, ya comprobados por Mitchell. Exploró hábilmente el resentimiento de Mitchell, principal autor de la fórmula y que iba a percibir solo unas migajas de los millones que ese descubrimiento podía proporcionar a la Alderton Limited. Así aceptó tomar parte en el plan, sin saber que su muerte ya había sido decretada.

»Pero entonces sucedió lo inesperado. Harrendon había podido darse cuenta de que no era un asunto corriente y por eso trató de sacar su parte del pastel, mucho mayor que la acordada en un principio. Y eso os fastidió bastante, porque hacía polvo vuestros planes. Entonces, no os quedó otro remedio que recurrir a la búsqueda de las copias».

Jane disparó una vez más. La bala hizo explotar un neumático con sonoro estampido.

—No gastes las municiones; puedes necesitarlas —rió Peel—. Jane, tú aceptaste colaborar con Harrendon, colocando la emisora en el despacho de Rosemary, para ver si así lo ablandabas, pero Harrendon no se deja convencer tan fácilmente por un cuerpo bonito, aunque sea como el tuyo. ¿Sabes?, te vi salir de la oficina

después de que estuve hablando con Rosemary. Ella estaba ya instruida acerca de las respuestas que debía darme, ¿comprendes?

»Dempsey, por supuesto, no estaba en su casa, sino escondido en la tuya. Fuiste a verle y le convenciste de que lo mejor era emprender la fuga con todo, pero sin dejar atrás unos documentos por los que tanto habíais suspirado. Por eso estás aquí, Jane».

—Si sabías donde estaba Dempsey, ¿por qué no fuiste a buscarlo a mi casa? —preguntó ella con voz crispada.

—Ya te lo he dicho; teníais que venir aquí, aunque nunca me imaginé que fueses capaz de asesinar a tu cómplice. ¿Por qué crees que os dejó pasar el vigilante, sin deciros nada?

—Zorro astuto —dijo Jane—. Estamos solos, ¿quién diablos va a sacar nada contra mí de esta conversación?

—¿De veras crees que estamos solos?

Hubo un instante de silencio. De pronto, Jane se puso pálida.

Lentamente, empezó a retroceder hacia el coche. En el mismo instante, sonó un disparo.

Jane volvió la cabeza. La rueda delantera derecha del automóvil que la había traído hasta allí acababa de deshincharse.

Un grito de rabia infinita brotó de sus labios. Súbitamente, alguien apareció en escena.

Harrendon llegó en su coche a toda velocidad, frenó brutalmente, quemando los neumáticos y se apeó de un salto. Al desembarcar, ya tenía la pistola en la mano.

Jane disparó su último cartucho, pero, nerviosa, erró. Harrendon la acribilló literalmente a balazos. Peel vio brotar chorritos de sangre de los senos de la joven. Jane gritó horriblemente, a medida que las balas la empujaban hacia atrás. Luego giró en redondo y cayó de bruces al suelo.

Entonces, Peel, apuntando con todo cuidado, hizo fuego.

Harrendon lanzó un espantoso alarido. Soltó la pistola, se agarró la pierna derecha con las dos manos y dio un salto hacia su izquierda, pero el dolor fue más poderoso que su voluntad y rodó por tierra. Peel abandonó su escondite y corrió hacia el sujeto, apartando la pistola de un puntapié, antes de que Harrendon pudiera recuperarla.

—Teníamos ganas de atraparte —dijo.

Harrendon le miró con odio infinito. Luego, de pronto, emitió un

suspiro agónico y echó la cabeza hacia atrás. El desmayo hizo de anestesia para el dolor que le causaba el fémur roto por el proyectil.

El afilado bisturí cortó un cuadrado de cuero cabelludo, que fue apartado a un lado. Diminutas pinzas sujetaron los vasos sanguíneos, cortando así las pequeñas hemorragias causadas por la incisión.

El hueso quedó al descubierto. La broca del trépano inició su labor de perforación... Un diminuto aspirador recogía los microscópicos fragmentos de hueso que resultaban del trabajo del trépano.

Practicado el primer orificio, el doctor Davis empleó tina sierra eléctrica. Un cuadrado de hueso, de unos tres centímetros y medio de lado, fue separado con infinito cuidado. Las membranas del cerebro quedaron a la vista.

—No lo voy a poder soportar —dijo Rosemary, mordiéndose los labios, al apartar su vista del monitor de televisión en color, en el que aparecía reflejada con todo detalle cada fase de la operación.

La esquirla quedó al descubierto. Había rasgado parcialmente las meninges y una de sus agudísimas puntas quedaba justamente bajo la arteria, cuyos latidos pudieron apreciarse por una aproximación hecha por el «zoom» de la cámara.

Entonces, el doctor Davis, por medio de unas pinzas, situó sobre la esquirla un diminuto trozo de metal, impregnado de una sustancia adhesiva por la cara que tomaría contacto con el trozo de hueso. Luego se incorporó y, a través de la máscara, dijo:

—Un minuto.

De pronto, Rosemary advirtió algo:

—Mi padre no está anestesiado. Sólo le han puesto novocaína en la piel del cráneo...

—Aunque parezca paradójico, el cerebro, que recoge todas las sensaciones, no siente ningún dolor cuando se hurga en su interior —dijo Peel—. Pero, aguarde, ahora viene lo más importante.

—No miraré... Avíseme cuando todo haya terminado —pidió la muchacha, temblando como un flan.

Peel conocía los riesgos de la operación. Si la arista de la esquirla rasgaba la arteria, se produciría una intensa hemorragia. El cerebro quedaría sin riego sanguínea en pocos momentos. Tal vez entonces, Alderton caería en un coma ya irreversible.

Los sesenta segundos habían transcurrido. Con infinito cuidado, Davis acercó un imán al trozo de metal. Milímetro a milímetro, fue apartándolo primero hacia la derecha. La arista salió de debajo de la arteria. Entonces, tiró hacia arriba. Volviéndose hacia la cámara, enseñó el minúsculo trocito de hueso. El índice y el pulgar de la mano izquierda se juntaron en círculo.

Inesperadamente, sonó una voz colérica:

—Dempsey, traidor hijo de puta...

Era Alderton.

Rosemary oyó aquel virulento apostrofe y se tapó los ojos con las manos. Peel se levantó.

Hoffman estaba en la misma habitación. Peel le hizo un gesto con la cabeza.

—Quédese con ella —murmuró.

Hoffman hizo un gesto de asentimiento. Peel salió fuera y encendió un cigarrillo. De pronto, se sintió enojado consigo mismo.

—Pues no me tiemblan las manos... —Gruñó.

Alderton, todavía demacrado y con la cabeza vendada, recibió a Peel en su habitación del hospital, recostado sobre una pila de almohadones.

—Así que usted es el granuja a quien mi hija contrató para que solucionara sus problemas.

—Sí, señor.

—Un hombre expulsado de la Policía por sospechas de asesinato.

—Sólo en apariencia, señor.

—¿Cómo dice?

—Encontré al asesino de Diego Ramos y le intimé a que se entregase. Disparó tres veces contra mí. Entonces, tuve que contestar al fuego, pero él ya se volvía, para situarse en otra posición mejor. No estaba dispuesto a entregarse.

—Y por eso recibió el balazo en la espalda.

—Así fue, señor.

—Sin embargo, no entiendo cómo pudieron simular esa expulsión...

—Verá, el asesino de Ramos pertenecía a la banda de Harrendon, quien se dedicaba a toda clase de «trabajos». En realidad, Harrendon era un «contratista» de asesinos profesionales, capaces de cualquier cosa por dinero. Quien tenía problemas con

alguna persona, no tenía más que buscar a Harrendon y contratar el precio. Naturalmente, era preciso encontrar pruebas.

—Y le encomendaron a usted esa tarea.

—Así es. Alguien, de la Policía, me recomendó a Rosemary.

Alderton sonrió.

—Y, además, supo encontrarme un buen cirujano —dijo.

—El doctor Davis tiene unas manos de ángel.

—Y usted es un condenado zorro... —Alderton rió suavemente —. Peel, estoy pensando en contratarle como jefe de seguridad de mi empresa.

—Creo que no aceptaría el puesto. Me gusta mi oficio.

—Bueno, tiene tiempo para meditarlo. Personalmente, opino que hay en esta ciudad alguien que puede hacerle variar de opinión.

—Lo dudo mucho, señor.

—Ya me lo dirá usted muy pronto. Gracias, Peel.

—Me alegro de verle en el buen camino, señor.

Alderton hizo un gesto con la mano y cerró los ojos.

Peel abandonó la estancia en silencio.

Se preguntó quién era la persona que podía hacerle mudar de opinión y no encontró ninguna entre sus amistades.

Cuando abrió la puerta de su casa, vio a «Régulus» que salía a su encuentro.

—¡Demonios! ¿Qué haces tú aquí? —exclamó, a la vez que acariciaba la cabeza del doberman.

—Lo he traído yo, para que no nos molesten.

Peel alzó la vista. Rosemary estaba en el umbral del dormitorio. Llevaba solamente un camisón corto, muy transparente, las gafas no estaban sobre sus hermosos ojos.

—Empiezo a pensar que tu padre también es un zorro —dijo sonriendo.

—Bueno, no se imagina esta escena, pero tampoco se lo vamos a contar —respondió ella.

Peel avanzó hacia la joven.

—Tienes los ojos más bonitos que he visto en mi vida —dijo—. Color gris azul, con el pelo negro... Es un contraste precioso. Pero ¿es necesario que uses lentes?

—Soy un poco miope, debo admitirlo. Además, en la oficina, siempre imprimen carácter y causan respeto a los demás.

—Muy razonable. De modo que «Régulus» vigilará que no nos moleste nadie.

—A menos que nos echéis a los dos, claro.

Peel guardó silencio un instante. Rosemary añadió:

—Si estás pensando en la escena que viste en la piscina... Una tiene derecho a cometer errores, me parece.

—Y yo no soy quién para arrojar la primera piedra. En este mundo, todos cometemos errores, alguna vez, muchas veces...

Las manos de Peel se apoyaron en la cintura de la joven. Rosemary se estremeció.

—¿Es así como piensas conseguir que acepte el puesto que me ha ofrecido tu padre?

—No violentaré tu decisión, pero iré detrás de ti, donde vayas, siempre, siempre...

Peel buscó los labios de la joven. Ella le abrazó ardorosamente.

—Aceptaré tu decisión —insistió.

Su cuerpo se pegó al de Peel, desde los labios a los pies.

—Y no soy una mujer fría —añadió.

—Rosemary...

—Dime, querido.

—¿Te parece bien que aplacemos la decisión para otro momento?

—Lo que tú digas, cariño.

Peel sonrió. Sin soltarla, se volvió hacia el doberman.

—«Régulus», vigila bien, que no nos moleste nadie —dijo.

El perro meneó la cola unas cuantas veces. Luego avanzó unos pasos y se tendió atravesado ante la puerta de la casa.

FIN

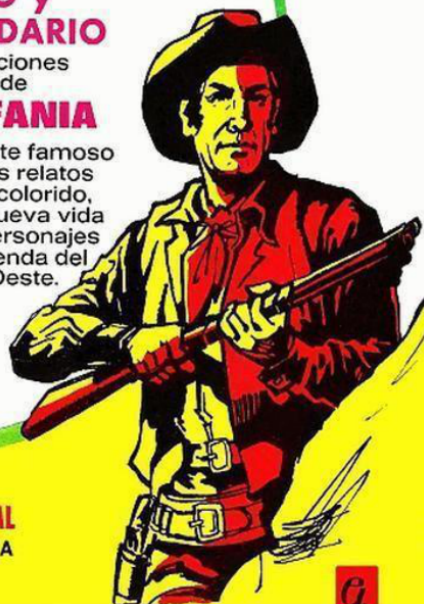
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

